



Número 213
Abril 2021

HERALDOS DEL EVANGELIO

*Bajo la mirada de la
Madre del Buen Consejo*

De sus llagas salían como llamas de fuego

El día 8 de junio, después de la comunión, Jesús me comunicó que al atardecer me concedería una enorme gracia. Entonces fui a confesarme ese mismo día y se lo conté a monseñor, quien me dijo que estuviera muy atenta para referírsele todo después.

Llegada la noche, repentinamente, más pronto que de ordinario, siento un dolor interno, por mis pecados; pero lo experimenté muy fuerte, como nunca lo había sentido. Ese dolor me redujo casi que diría para morir. [...]

Una gran cantidad de pensamientos giraban en mi mente: pensamientos de dolor, de amor de temores, de esperanza, de consuelo.

Al recogimiento interior le sucedió enseguida la pérdida de los sentidos y me hallé en presencia de mi Mamá celestial, que tenía a su derecha al ángel de mi guarda, el cual lo primero que me mandó fue que hiciera un acto de contrición.

Una vez terminado, mi Mamá me dirigió estas palabras: «Hija, en nombre de Jesús te son perdonados todos tus pecados». Luego añadió: «Jesús, mi Hijo, te ama mucho y quiere concederte una gracia; ¿sabrás hacerte digna de ella?». Mi miseria no sabía qué responder. Siguió diciendo: «Yo seré para ti una madre, ¿sabrás tú mostrarte una hija verdadera?». Extendió su manto y me cubrió con él.

Reproducción



Santa Gema Galgani fotografiada
con 21 años

En ese momento apareció Jesús, que tenía todas sus llagas abiertas; pero de éstas ya no salía sangre: salían como llamas de fuego que en un instante vinieron a cebarse en mis manos, en mis pies y en mi corazón. Sentía que me moría, y habría caído al suelo si mi Mamá celestial no me hubiera sustentado, cubriéndome siempre con su manto. Varias horas tuve que permanecer en esa posición. Después mi Mamá me besó en la frente y todo desapareció, y me encontré de rodillas en el suelo; pero todavía sentía un fuerte dolor en las manos, los pies y el corazón.

Me levanté para meterme en la cama, pero percibí que de aquellas partes que me dolían brotaba sangre. Las tapé lo mejor que pude y luego, ayudada por mi ángel, pude subirme a la cama. Y esos dolores y esas llagas, en lugar de afligirme, me llenaban de una paz perfecta.

SANTA GEMA GALGANI
Autobiografía - Diario espiritual

HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XIX, número 213, Abril 2021

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 902 199 044

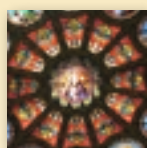
www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

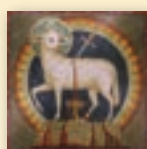
Escriben los lectores 4

Consejos (Editorial) 5



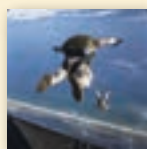
*La voz de los Papas –
¿Embajadores de Cristo
o del mundo?*

6



*Comentario al Evangelio –
Un rey en extremo
bondadoso*

8



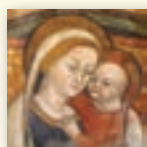
*«Dame también
el coraje, la fuerza y la fe»*

14



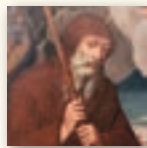
*Caída de edificios
simbólicos: ¿prenuncio
de nuevas eras?*

18



*Sublime intimidad entre
el Niño y su Madre*

24



*San Francisco de Paula –
Para él, todo era posible*

28



*Maestros que nos
enseñan a ver y oír
lo sobrenatural*

32



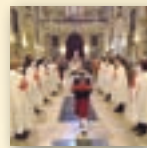
*Una Pascua portuguesa,
¡sin duda!*

35



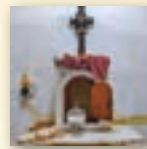
*Amparados por la
protección de una
madre celestial*

38



Heraldos en el mundo

42



*Sucedió en la Iglesia
y en el mundo*

44



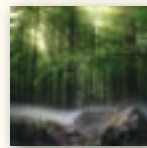
*Historia para niños... –
Un ave del Paraíso*

46



*Los santos de
cada día*

48



*Como un árbol abatido
por la tormenta*

50



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido
de la revista directamente
desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.es





ESCRIBEN LOS LECTORES

LA PEQUEÑA NELLIE

Muy atrayente la historia de Ellen Organ, la pequeña Nellie, narrada en el artículo *Ardor eucarístico en un corazón inocente*. Soy muy devoto suyo. Andaba buscando alguna reseña sobre su vida y ese ha sido el mejor artículo que ya he leído, muy completo y detallado. Enhorabuena, ha quedado muy bien. Una cosa interesante también sería poner su oración o una oración a ella.

Nesley Ubirajara Lima Gurgel
Vía revistacatolica.com.br

UNA PREGUNTA QUE DEBIÉRAMOS HACERNOS TODOS LOS DÍAS

Al leer el artículo de Mons. João Scognamiglio Clá Dias de la edición de febrero, nos preguntábamos: «Y tú, ¿quién dices que soy yo?». Es una pregunta que debiéramos hacernos todos los días al levantarnos, pues es al empezar el día donde comienza nuestro combate.

Nos hemos detenido en la segunda parte: *La inmortalidad de la Iglesia edificada sobre un hombre mortal*. Esto es un gran misterio que llena de ánimo y confianza al alma que quiere seguir a Cristo.

Raúl González Gálán
y *Carlota Esteban*
Madrid — España

COMENTARIO AL EDITORIAL DE FEBRERO

Jesús subió a Jerusalén durante la Pascua y al entrar en el Templo se quedó horrorizado. ¡Qué escena tan terrible debió contemplar para reaccionar así! ¡La casa de oración se había convertido en una cueva de ladrones! Sin duda, le devoró el celo del Templo del Señor y las afrentas con

que agraviaban al Padre cayeron sobre Él (cf. Sal 68, 10).

Muchos católicos sentimos esa misma «santa indignación» cuando vemos los templos de Dios ultrajados y convertidos en plataformas de soflamas y reivindicaciones políticas, sociales o pasiones desenfrenadas... Como católico me entristece decirlo, pero por desgracia existen algunas iglesias donde se escuchan homilías que apelan a los sentimientos y a las ideologías de las personas, cambiando el «alabado sea Dios» por el «quiero, siento, necesito», sustituyendo a Dios del centro para poner su «yo» en el altar, dejando de ofrecer sacrificios a Dios para establecer cultos personales, ideológicos, mundanizados y, en todo caso, desordenados...

Han «desalojado» a Dios de los templos, vaciándolos de significado sobrenatural y de sentido trascendental. Han «robado» la gloria a Dios para dársela al mundo. Han «desahuciado» a Dios de su casa, expulsando la verdad de sus corazones. Han transformado la alabanza a Dios en alabanza al hombre, han reemplazado la Palabra de Dios por palabras humanas. Han corrompido la fe de Cristo para imponer una nueva moral cristiana del siglo XXI. Han construido una Iglesia-mundo que se adecue a los tiempos, un templo que dé cabida a «mercaderes» que trafican con sus intereses. Santa María, Madre de Dios, iruega por nosotros!

Alberto Mestre
Vía revistacatolica.org

«¡SILENCIO SINFÓNICO!»

He tenido el placer, porque es un verdadero placer, de dirigir en varias ocasiones y con distintos músicos y coral el *Hallelujah* del oratorio *El Mesías*. El instante al que se refiere el artículo *¡Silencio sinfónico!* contiene una fuerza casi sobrenatural.

Los silencios, la mayoría de las veces, son tan importantes como las notas. En esos dos segundos que dura el silencio, casi siempre, lo rompe el auditorio emocionado. E inmediatamente el público, al igual que en su día el rey, se pone en pie: *Hallelujah*.

María de la Encarnación Romero
Vía revistacatolica.org

ORIENTACIONES SEGURAS EN SITUACIONES DIFÍCILES

He ido siguiendo las publicaciones de la revista *Heraldo del Evangelio*, fuente preciosa e indispensable para la formación de los católicos, especialmente en los días actuales, siempre más carentes de instrucción religiosa.

En mi profesión como comisario de la Policía Civil, me he encontrado varias veces en situaciones difíciles y siempre encuentro orientaciones seguras en las consideraciones espirituales tan oportunas de la revista. Especialmente hermosos son los comentarios de Mons. João Scognamiglio Clá Dias sobre los Evangelios. Quiero dejar aquí mi gratitud por los muchos beneficios que la revista ha traído a nuestra familia.

Edmundo Ferreira Gomes
San Carlos — Brasil

FERVIENTE DESEO DE IR AL CIELO SIN DEMORA

Qué maravilla ver cómo se repite en todas las apariciones marianas el ferviente deseo de ir al Cielo sin demora, como lo manifiesta Santa Bernadette en un escrito publicado en la revista de febrero: *Que pueda quedarme contigo al pie de la cruz*. Qué magnífica contemplación celestial debe ocurrir para que los videntes deseen dejar de inmediato este mundo e irse de la mano de la Santísima Virgen al Cielo.

Jesús Ferrando Valls
Vía revistacatolica.org

CONSEJOS

La Santísima Trinidad podría ser comparada a un consejo, es decir, a la armonía de divinas Personas que se contemplan, viven y actúan hacia un fin supremo. Al ser íntimamente difusivo, el Sumo Bien quiso expandir su bondad al máximo y envió al mundo a su propio Hijo, «Consejero admirable» (cf. Is 9, 5), para asumir nuestra humanidad y elevarla a la divinidad. Para ello se valió de otro consejo, la Sagrada Familia, «trinidad» terrena y modelo absoluto de sociedad humana.

Jesús también quiso constituir para sí un consejo, que inicialmente estuvo formado por doce Apóstoles y luego, bajo el impulso del Paráclito, éstos condujeron a una multitud de almas hacia el seno de la Iglesia, extendiéndola por todo el orbe.

La palabra *consejo*, por extensión del término, denota también un precioso don del Espíritu Santo, que lleva al alma en gracia a juzgar casos particulares discerniendo el fin sobrenatural. Tal es ese don que Noé realizó todo lo que Dios le había ordenado (cf. Gén 7, 5), Abrahán obedeció sin entender (cf. Heb 11, 8), Moisés oyó la voz de lo alto y la hizo resonar en el pueblo.

Después de la Ascensión de Cristo, la multiforme gracia divina continuó iluminando a numerosos santos pastores que apacentaron la grey del Señor. Entre ellos destacan los fundadores, como Benito de Nursia, Francisco de Asís, Ignacio de Loyola... Sin embargo, la mayor guía del pueblo fiel fue la Santísima Virgen. No sólo por su participación en la Encarnación y en la Redención de la humanidad, sino también por sus constantes intervenciones en las manecillas del reloj que marcan los tiempos de la Historia, ya sea a través de la devoción popular, por medio de apariciones, como en Lourdes o Fátima, o incluso de milagros, como los ocurridos en torno al icono de la Madre del Buen Consejo de Genazzano.

Tras la aparición de este fresco en Italia, la Consejera admirable enseguida obró una serie de prodigios. Más tarde la soberana Reina, bajo la misma advocación, conquistó dos destacadas victorias que salvaron a Occidente de la usurpación otomana: la de Lepanto, bajo la dirección del almirante Juan de Austria, y la de Viena, mediante el cetro del rey de Polonia, Juan Sobieski. En ambos casos, los comandantes, embebidos del don de consejo, recibieron una misma aclamación: «Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan» (Jn 1, 6).

El consejo es el único de los siete dones que se distingue con el adjetivo *buen*. De hecho, esto es así porque existen *malos* consejos... A través de éstos pulularon traiciones, corrupciones y tiranías que sacudieron el mundo. Basta recordar la sugerencia de la serpiente en el paraíso, pasando por las insidias de los fariseos contra Jesús, hasta llegar a las persecuciones a la Iglesia, que aún hoy en día difunden sus intrigas. Para ello, el demonio y sus secuaces constituyen no ya *consejos*, sino *conciliábulos*, como aquel infame que se reunió para crucificar al Mesías.

De cualquier manera, ante tal escenario, bien podría la Consejera admirable darles este buen consejo a esos impíos perseguidores: «¡No toquen a mis hijos! Como en el pasado, sigo suscitando santos y héroes que, bajo mi patrocinio, siempre vencerán». Si no directamente, sin duda Ella intervendrá por medio de otros «Juanes»... ✧



Monseñor João Scognamiglio Clá Dias, EP, fotografiado en julio de 2020 junto a una copia del fresco de Mater Boni Consilii

Foto: Teresita Morazzani



¿Embajadores de Cristo o del mundo?

Quien al predicar no procura atraer a sus oyentes al conocimiento más completo de Dios se le puede considerar un declamador inútil, pero no un predicador evangélico. Podrá conseguir el aplauso de los estultos, pero no escapará al severísimo juicio de Cristo.

Jesucristo, habiendo consumado la redención del género humano con su muerte en el altar de la cruz, y queriendo inducir a los hombres, a través de la observancia de sus mandamientos, a la posesión de la vida eterna, no recurrió a ningún otro medio que la voz de sus predicadores, confiándoles el encargo de anunciar a las gentes las cosas que habían de creer y practicar para su salvación: «Quiso Dios valerse de la necesidad de la predicación para salvar a los que creen» (1 Cor 1, 21).

Eligió, pues, a los Apóstoles e, infundiéndoles por virtud del Espíritu Santo los dones necesarios a tan alto ministerio, les dijo: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la Creación» (Mc 16, 15). Y es precisamente esta predicación la que renovó la faz de la tierra. Porque si la fe cristiana ha convertido las mentes de los hombres de sus muchos errores al conocimiento de la verdad —y sus corazones de la indignidad de los vicios, a la excelencia de toda virtud— no ha sido sino por vía de la propia predicación: «La fe nace del mensaje que se escucha, y la escucha viene a través de la palabra de Cristo» (Rom 10, 17).

¿Habrá perdido su eficacia la palabra de Dios?

De hecho, dado que por disposición divina las cosas se conservan por las mismas causas que las ha generado, es evidente que la predicación de la sabiduría cristiana es empleada, por derecho divino, para llevar adelante la salvación eterna; y es incluida, con razón, entre las cuestiones de suma importancia. Por consiguiente, merece toda nuestra atención y solicitud, especialmente si pareciera que, de alguna manera, se desvía de su integridad original, en detrimento de su eficacia. [...]

¿Acaso la palabra de Dios ya no es como la describía el Apóstol, es decir, viva y eficaz, más penetrante que una espada de doble filo (cf. Heb 4, 12)? ¿Se ha embotado, quizá, por su prolongado uso en el tiempo? Ciertamente es culpa de los ministros, que no saben manejarla, si a menudo pierde su fuerza. De hecho, tampoco se puede decir que los Apóstoles vivieron tiempos mejores que los nuestros, como si por entonces el mundo fuera más dócil al Evangelio, o menos rebelde a la ley de Dios. [...]

Lo que los predicadores han de tener en vista, en el cumplimiento de su oficio, se desprende fácilmente de esta afirmación de San Pablo, que

pueden y deben hacer suya: «Somos embajadores de Cristo» (2 Cor 5, 20). Ahora bien, si actúan como enviados de Cristo, deben desear en el ejercicio de su misión lo que Cristo pretendía al encomendársela; es decir, lo que Él mismo se propuso mientras vivió aquí en la tierra. Puesto que los Apóstoles, y después de ellos los predicadores, no han tenido una misión distinta a la de Cristo: «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo» (Jn 20, 21).

Procuraron el aplauso de los estultos, se encontrarán con el juicio de Cristo

Y sabemos el motivo por el cual Cristo bajó del Cielo, ya que lo declaró abiertamente: «He venido al mundo para dar testimonio de la verdad» (Jn 18, 37); «He venido para que tengan vida» (Jn 10, 10). Por lo tanto, los que ejercen la sagrada predicación han de apuntar a una y otra cosa: difundir la verdad revelada por Dios y despertar y alimentar en sus oyentes la vida sobrenatural; en una palabra, promover la gloria de Dios, luchando por la salvación de las almas.

Por eso, así como sería errado llamar médico a quien no ejerce la medicina o maestro de cualquier arte a quien no lo enseña, así también a

quien al predicar no procura atraer a los hombres al conocimiento más completo de Dios y conducirlos a la vida eterna, se le puede considerar un declamador inútil, pero no un predicador evangélico. [...]

Y como entre las cosas reveladas por Dios hay algunas que atemorizan la débil y corrompida naturaleza humana y, por ello, no son adecuadas para atraer a las muchedumbres, se abstienen cuidadosamente de hablar de ellas y tratan asuntos que, salvo la naturaleza del lugar, nada tienen de sagrado. Tampoco es infrecuente que, en medio de una exposición de las verdades eternas, se deslicen a cuestiones políticas, especialmente si algo de este género cautiva más la atención de sus oyentes.

Parece que su única preocupación es la de agradar a quienes los escuchan y complacer a aquellos que, como dice San Pablo, tienen «el prurito de oír novedades» (2 Tim 4, 3). De ahí esos gestos nada reposados y serios, como los que se suelen usar en un escenario o un mitin; de ahí, unas veces, esas patéticas modulaciones de voz y, otras, una trágica impetuosidad; de ahí esa terminología propia de los periódicos; de ahí esa abundancia de citas extraídas de escritores impíos y acatólicos, y no de la Sagrada Escritura ni de los Padres de la Iglesia; de ahí, finalmente, esa amпуlosidad de palabras que encontramos en la mayoría de ellos, la cual sirve para embotar los oídos y despertar admiración en sus oyentes, pero que no les proporciona nada bueno que llevarse a casa.

Es realmente increíble cuántos predicadores son víctimas de este engaño. Probablemente consigan de los estultos el aplauso, que con tanta fati-



Los doce Apóstoles - Parroquia de Santa Brígida, Montreal (Canadá)

*No se puede decir
que los Apóstoles
encontraron un
mundo más dócil
al Evangelio o
menos rebelde a
la ley de Dios*

ga buscan y no sin profanación; pero ¿merece la pena, cuando con ello se encuentran con la reprobación de las personas sensatas y, lo que es peor, con el severísimo y terrible juicio de Cristo? [...]

***No es posible servir a
Dios y a Belial***

Pero volviendo a San Pablo y tratando de averiguar de qué temas solía hablar en sus predicaciones, veremos que los resume con estas palabras: «Nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y éste crucificado» (1 Cor 2, 2). Se empenó con todo el fervor de su co-

razón apostólico para que los hombres conocieran siempre más y mejor a Jesucristo, y que lo conocieran no sólo por lo que debían creer, sino por cómo debían vivir.

En consecuencia, predicaba todos los dogmas y preceptos de Cristo, incluso los más severos, sin ninguna reticencia ni ablandamiento: hablaba de humildad, de abnegación de sí mismo, de castidad, de desprecio por las cosas terrenales, de la obediencia, del perdón a los enemigos y de otros temas similares.

Ni tuvo miedo de proclamar que era necesario elegir entre Dios y Belial, pues no se puede servir a ambos; que a todos, después de la muerte, les aguarda un tremendo juicio; que no es posible transigir con Dios; que quien cumpliera toda la ley ha de esperar la vida eterna, pero los que, para satisfacer las pasiones, descuiden sus deberes tendrán que temer el fuego eterno.

De hecho, el «Predicador de la verdad» nunca pensó que debía abstenerse de tratar tales argumentos porque, dada la corrupción de la época, les pudieran parecer demasiado duros a aquellos a quienes les hablaba.

Por consiguiente, queda claro cuán reprobables son los predicadores que, por no molestar a sus oyentes, no se atreven a tocar ciertos tópicos de la doctrina cristiana. ¿Acaso un médico le prescribirá remedios inútiles a un paciente si éste rechaza los útiles? Además, el orador dará muestras de virtud y habilidad si logra exponer de forma agradable las cosas que son ingratas. ✧

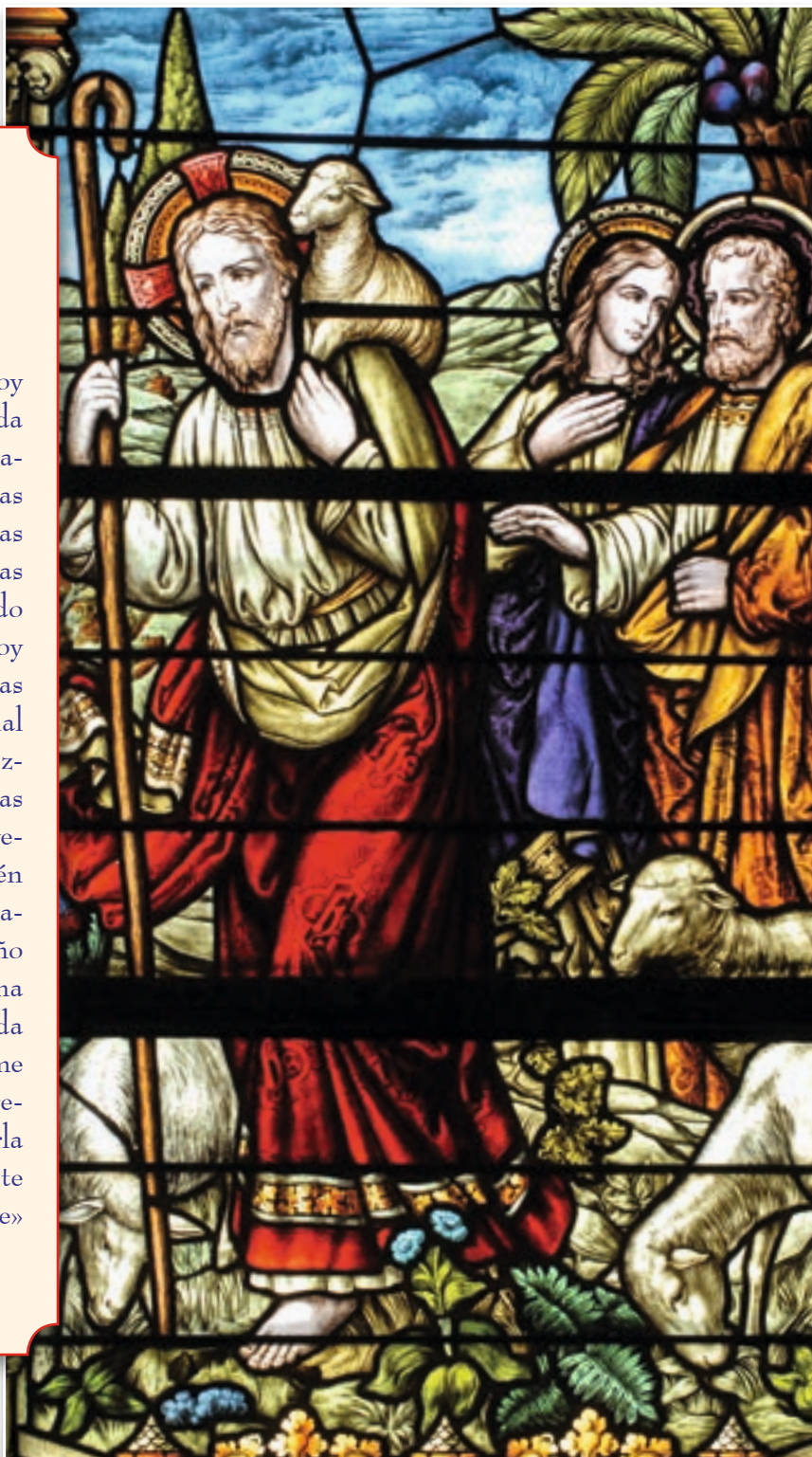
Fragmentos de: BENEDICTO XV.
Humani generis redemptionem,
15/6/1917.

Traducción: Heraldos del Evangelio.

EVANGELIO

En aquel tiempo, dijo Jesús:¹¹ «Yo soy el Buen Pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas; ¹² el asalariado, que no es pastor ni dueño de las ovejas, ve venir al lobo, abandona las ovejas y huye; y el lobo las roba y las dispersa; ¹³ y es que a un asalariado no le importan las ovejas. ¹⁴ Yo soy el Buen Pastor, que conozco a las mías, y las mías me conocen, ¹⁵ igual que el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; yo doy mi vida por las ovejas. ¹⁶ Tengo, además, otras ovejas que no son de este redil; también a esas las tengo que traer, y escucharán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo Pastor. ¹⁷ Por esto me ama el Padre, porque yo entrego mi vida para poder recuperarla. ¹⁸ Nadie me la quita, sino que yo la entrego libremente. Tengo poder para entregarla y tengo poder para recuperarla: este mandato he recibido de mi Padre» (Jn 10, 11-18).

El Buen Pastor - Iglesia de Nuestra Señora de la Merced, Salta (Argentina)



Dario Iallorezzi



Un rey en extremo bondadoso

Conocer el amor inconmensurable del Buen Pastor por todas y cada una de sus ovejas es el mejor incentivo para emprender con entusiasmo las vías de la santidad.



Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – JESÚS, EL REY BONDADOSO

La liturgia de este domingo pone en evidencia la figura del pastor, creada por el divino artífice para, en cierto momento, simbolizarse a sí mismo.

Por los labios del profeta Ezequiel, el Altísimo había denunciado a los malos pastores de Israel, esos monarcas y sacerdotes que procuraban sus ventajas personales en detrimento del rebaño confiado a ellos: «No habéis robustecido a las ovejas débiles, ni curado a la enferma, ni vendado a la herida; no habéis recogido a la descarriada, ni buscado a la que se había perdido, sino que con fuerza y violencia las habéis dominado» (34, 4). En consecuencia, les amenazó con castigarlos y, como santa y reparadora venganza, prometió: «Porque esto dice el Señor Dios: “Yo mismo buscaré mi rebaño y lo cuidaré”» (34, 11).

Esta bella profecía se realizó plenamente, pero de modo inesperado, superando todas las expectativas. En efecto, la casa de Judá perdió el poder regio a partir del exilio babilónico, tiempo en que resonaron con fuerza los oráculos de Ezequiel; los malos pastores fueron depuestos por el Señor de los señores hasta la llegada del verdadero Hijo de David, el libertador de Israel.

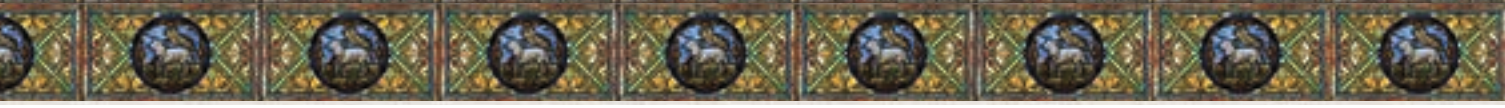
Ese futuro Pastor se distinguiría por su bondad, es decir, por su Corazón rebosante de bienquerencia para con sus ovejas. ¡Y así fue! ¿Quién hubiera imaginado que la segunda Persona de la Trinidad asumiría nuestra naturaleza en el seno virginal de María Santísima para traer la salvación al género humano descarriado por el pecado? Sí, el Verbo eterno hecho carne se constituiría en Pastor de Israel, como lo había anunciado Ezequiel: «Yo mismo apacentaré mis ovejas y las haré reposar —oráculo del Señor Dios» (34, 15).

Narran los Santos Evangelios que, recorriendo las ciudades y aldeas, Jesús se compadecía de las muchedumbres que lo seguían, «porque estaban extenuadas y abandonadas, “como ovejas que no tienen pastor”» (Mt 9, 36). Así pues, como pastor lleno de suavidad, delicadeza y amor, les enseñó muchas cosas. Este afecto dadivoso del Señor se manifestó en numerosas ocasiones a lo largo de su vida pública, culminando con el perdón otorgado a sus verdugos en la cruz.

He aquí al monarca más tierno, fuerte e insuperable enviado por el Padre con el fin de redimir y de conceder descanso a los que luchan por su propia santificación: «Venid a mí todos los

Por los labios del profeta, el Altísimo había denunciado a los malos pastores de Israel





que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré» (Mt 11, 28).

A ese rey, que nos amó hasta el final, el Evangelio del cuarto domingo de Pascua nos lo presenta en todo su fulgor, gracia y encanto.

II – «YO SOY EL BUEN PASTOR»

San Juan narra en el capítulo noveno de su Evangelio la curación de un ciego de nacimiento, episodio impactante y no sin ciertos rasgos de ironía, los cuales llevaron la humillación de los fariseos al extremo. En el capítulo siguiente vemos al Señor explicando a su auditorio el porqué de tales prodigios obrados en favor de las ovejas más necesitadas. Al actuar de esta manera, le estaba dando al público que lo seguía los elementos suficientes para considerar las colosales diferencias existentes entre Él, el Buen Pastor, y los asalariados, es decir, los miembros del sanedrín.

El Buen Pastor y el asalariado

En aquel tiempo, dijo Jesús:¹¹ «Yo soy el Buen Pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas; ¹² el asalariado, que no es pastor ni dueño de las ovejas, ve venir al lobo, abandona las ovejas y huye; y el lobo las roba y las dispersa; ¹³ y es que a un asalariado no le importan las ovejas».

Al denominarse Buen Pastor, el Señor se compara a los cuidadores de rebaños, cuya misión consistía en encontrar exuberante pasto y organizar la defensa contra los ataques de los depredadores. Eran, sin duda, personas habituadas al sacrificio y a la vigilancia; sin embargo, ninguno de ellos, por muy celoso que fuera, estaría dispuesto a morir por sus ovejas. Jesús es, por tanto, un pastor nunca antes visto, *sui generis*, que lleva su amor por la grey al extremo de dar su vida para protegerla.

El asalariado, no obstante, busca únicamente su propio interés. Así, tan pronto como intuye el peligro en el horizonte abandona a sus custodiadas, que acaban siendo muertas y dispersas.

También es importante saber a quién se refiere el divino Salvador cuando menciona a los lo-

bos. Por lobo se puede entender, en primer lugar, al demonio, al que San Pedro lo compara a un «león rugiente» que «ronda buscando a quien devorar» (1 Pe 5, 8). Los herejes o los falsos profetas son igualmente equiparados a tales fieras, pues desgarran al rebaño con sus mentiras y seducciones; y a ellos se les suman los tiranos que, mediante persecuciones cruentas o psicológicas, tratan de conducir a los fieles a la apostasía. A todas estas especies de lobos el Señor puso resistencia y, para vencerlos definitivamente, entregó su vida como cordero inmaculado.

Un amor divino, que excede todos los límites

¹⁴ «Yo soy el Buen Pastor, que conozco a las mías, y las mías me conocen, ¹⁵ igual que el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; yo doy mi vida por las ovejas».

Jesús se alegra al repetir un estribillo que resuena con toda la fuerza y la dulzura de la palabra divina: «Yo soy el Buen Pastor». En los versículos anteriores lo era desde el prisma del contraste con el asalariado. Ahora, sin embargo, se presenta como tal por el hecho de tener para con las ovejas una relación similar a la existente entre Él y el Padre.

De hecho, el Señor conoce al Padre en cuanto Verbo de Dios y en cuanto hombre verdadero. En el primer caso, es la imagen perfecta del Padre, lo abarca y comprende por entero, amándolo con lazos de caridad infinita. Considerado en su humanidad, unida substancialmente a la divinidad, el afecto de Jesucristo por el Padre es el más grande de toda la Historia. Ningún ser humano puede conocer y amar a la primera Persona de la Santísima Trinidad con tanto ardor, dedicación y ternura como Él. Y en virtud de ese amor el Hijo, habiéndose encarnado en el seno virginal de María, quiso inmolarse en el Calvario.

De modo análogo, el Buen Pastor conoce a sus ovejas y ellas lo conocen. Mediante el don de la gracia, concedido a la criatura racional por la Redención, se establece una correspondencia toda ella divina entre el Hijo unigénito y sus hermanos. Nos conoce a la luz del amor que el Padre posee por cada uno de sus hijos de adopción y nosotros lo conocemos en función de su divi-

Al actuar así, daba elementos suficientes para considerar las colosales diferencias existentes entre Él y los miembros del sanedrín



nidad y entrega en la cruz. Tales relaciones superan con mucho la convivencia existente entre simples hombres, por más perfectos o inteligentes que sean. Se trata de un verdadero comercio celestial, que se inicia en esta tierra y llegará a su plenitud cuando le veamos cara a cara.

Ahora bien, semejante amor debe traducirse en obras y, por ese motivo, Jesús vuelve a declarar: «Yo doy mi vida por las ovejas». Engendrado desde toda la eternidad por el Padre, el Hijo fue enviado al mundo a fin de rescatar a los hombres

de la esclavitud al pecado y de la muerte. El precio que debía pagar era alto: derramar su sangre en la cruz, hasta la última gota. Obedientísimo en su humanidad, se hizo carne y llevó su amor a la más extrema manifestación, entregándose por nosotros como víctima de propiciación.

Consideremos el desmedido cariño que el Buen Pastor nos tributa, comprendamos la radicalidad de su sacrificio a nuestro favor y percibamos con claridad que amor con amor se paga, como explica San Juan en su primera epístola: «En esto hemos conocido el amor: en que Él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos» (3, 16). He aquí el panorama que nos desvelan estos versículos: el de corresponder a la infinita caridad del Señor, disponiéndonos a buscar el bien de nuestro prójimo hasta dar la vida por él. Sólo quien posee tales disposiciones de espíritu puede decir que conoce al Buen Pastor, pues participa del amor que lo caracteriza,



El Buen Pastor - Real monasterio de Brou,
Bourg-en-Bresse (Francia)

el cual ultrapasa todos los límites concebibles.

Las ovejas escucharán la voz de su Pastor

¹⁶ «Tengo, además, otras ovejas que no son de este redil; también a esas las tengo que traer, y escucharán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo Pastor».

Nuestro Señor profetiza la venidera conversión de los paganos al anunciar la existencia de otras ovejas que, en el futuro, también

serían conducidas por Él, constituyendo un único rebaño bajo la égida de un único Pastor.

Se trata de una grey enorme, descrita por el Apocalipsis en estos términos: «Después de esto vi una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y delante del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos. Y gritan con voz potente: «¡La victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero!» (7, 9-10).

¿Estaremos nosotros en medio de esa muchedumbre? ¿Tenemos la alegría de festejar nuestro triunfo junto al Señor y los bienaventurados? Para conseguir tal gracia —la más grande entre todas!— no hay más que una condición: oír la voz del Pastor. ¿Y qué significa esto? Pues prestar atención a las enseñanzas divinas del Redentor y ponerlas en práctica con fidelidad y perfección.

*Para
corresponder
a la infinita
caridad del
Buen Pastor,
hemos de estar
dispuestos
a procurar
el bien de
nuestro
prójimo
hasta dar la
vida por él*



*La vida
del Cordero
divino,
inmolado
sobre el altar
de la cruz,
estuvo toda
hecha de
obediencia*

De este modo, nuestra filiación divina alcanzará el auge en la eternidad y gozaremos de una alegría sin fin, que no puede ser expresada con nuestro pobre vocabulario humano. San Juan así lo anuncia: «Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! [...] Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal cual es. Todo el que tiene esta esperanza en Él se purifica a sí mismo, como Él es puro» (1 Jn 3, 1-3).

Vivamos con nuestra mirada interior fija en la gloria del Buen Pastor en el Cielo. Entonces recibiremos la fuerza para ser fieles en esta vida y, unidos a la inmensa grey de Cristo, cantaremos por siempre la gloria de sus victorias y conquistas.

***El amor y la obediencia
del Buen Pastor***

¹⁷ «Por esto me ama el Padre, porque yo entrego mi vida para poder recuperarla.

¹⁸ Nadie me la quita, sino que yo la entrego libremente. Tengo poder para entregarla y tengo poder para recuperarla: este mandato he recibido de mi Padre».



El Cordero inmolado - Monasterio de San Benito,
São Paulo (Brasil)

El Señor prosigue y anuncia su resurrección: «yo entrego mi vida para poder recuperarla». Nadie sería capaz de infligir la muerte a Jesús sin su consentimiento. Por eso, aunque el sacrificio de la cruz haya sido fruto de una trama de los agentes del mal, jamás se habría llevado a cabo si no fuera por un designio divino, como revela el Salvador: «Nadie me la quita, sino que yo la entrego libremente».

Esta determinación voluntaria de enfrentar los dolores de la Pasión y el drama de la muerte por amor al Padre y a los hombres nos pone, una vez más, ante el inconmensurable afecto del Buen Pastor. Jesús hace hincapié de repetir las ideas en una cadencia casi poética para que nos compenetráramos de las verdades enunciadas. Se trata de un misterio de entrega y de bienquerencia tan alto que nos cuesta comprender y, por tanto, se vuelve necesaria esa insistencia, con el fin de que el corazón humano sea favorecido a abrirse cada vez más a ese cariño tan especial.

Sin embargo, así como su muerte es voluntaria en su aceptación, su resurrección es igualmente querida: «Tengo poder para entregarla y tengo poder para recuperarla». Y así sucedió en la aurora radiante del Domingo de Pascua. En la Resurrección de Jesús está anunciada nuestra propia resurrección, en el caso de que nos decidamos a dar la vida por nuestros hermanos, como afirma San Pablo: «Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con Él» (Rom 6, 8).

Por último, el Señor declara categóricamente que ese era el mandato que había recibido del Padre. La vida del Cordero divino, inmolado sobre el altar de la cruz, estuvo toda hecha de obediencia. Por el hecho de conocer al Padre como nadie, Él sabía medir hasta qué punto el pecado lo injuriaba; por otra parte, comprendía el tesoro extraordinario que los hombres habían perdido con su rebelión. Pues bien, su amor por el Padre y total unión de voluntad con Él lo movieron a entregarse, con el fin de reparar la gloria de Dios ultrajada y rescatar a los hijos de Adán de las garras del demonio. La obediencia se convirtió en la medida de su amor, y también lo será para sus ovejas: «El que acepta mis mandamientos y los guarda, ese me ama; y el que me ama será amado por mi Padre, y yo también lo amaré y me manifestaré a él» (Jn 14, 21).

III – RECEPTÁCULOS DE LA CARIDAD INFINITA DE JESÚS

El Evangelio de este cuarto domingo de Pascua nos presenta, a la manera de deslumbrantes fuegos artificiales, la bondad sin límites de Nuestro Señor Jesucristo, que supera cualquier capacidad imaginativa. En el Buen Pastor vemos la culminación de la entrega y del celo por las ovejas llevados hasta la muerte, y muerte de cruz.

No obstante, una duda podría empañar un poco ese panorama tan grandioso y benéfico para nuestras almas: la idea de que el Señor murió por una inmensa multitud, de la cual constituimos casi una ínfima porción. Nada más falso. Para desmentir tal objeción tenemos la parábola de la oveja perdida (cf. Lc 15, 4-6), en la que queda patente el amor de Jesús por cada uno de nosotros individualmente considerado. En ella el Buen Pastor deja a su rebaño en el aprisco y sale en busca de la oveja disgregada. Cuando la encuentra, la carga sobre los hombros hasta el redil y, a continuación, llama a sus amigos para festejar el hecho de haberla recuperado.

En realidad, si es cierto que el Señor murió por todos los hombres, sería aún más preciso afirmar que dio su vida específicamente por cada uno. Así lo expresa el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira, maestro espiritual del autor de estas líneas, en una oración compuesta durante la conclusión de un retiro espiritual: «¡Oh, Señor Buen Jesús! Desde lo alto de la cruz dirigís hacia mí vuestra mirada de misericordia, que parece desear que, de mi parte, también yo levante la mía para consideraros. Sí, para consideraros en vuestra infinita perfección y en el insondable abismo de los dolores que padecéis... por mí. Porque sé muy bien que todos esos dolores, Señor, lo sufriríais sólo por mí o por otro hombre cualquiera, si éste fuera el único que dependiera de tales padecimientos para salvarse». Y San Pablo, con su contundencia habitual, lo afirma de modo perentorio: «Mi vida de ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí» (Gál 2, 20).

Esa íntima convicción de haber sido objeto directo y personal del amor redentor de Jesús debe marcar nuestros corazones a fondo, hasta el punto de transformarnos por entero. Así compenetrados seremos capaces de todos los sacrificios y



Celebración eucarística en la Casa Lumen Maris, Ubatuba (Brasil)

de todas las renunciencias para corresponder a los torrentes de su caridad infinita.

La mejor manera de comprender hasta qué punto ese afecto es dirigido a cada alma en particular es la contemplación del misterio de la Eucaristía. Tras la consagración de las especies del pan y del vino, en ellas ya no se encuentra la sustancia de esos alimentos, sino el Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesús, nuestro Señor. Y en el divino banquete Él se da por completo, en un incendio de amor, estableciendo una relación exclusiva con aquel que comulga. En la recepción del Pan de los ángeles es donde se evidencia en nuestras vidas el desvelo del Buen Pastor por sus ovejas.

Acudamos a la Sagrada Mesa con fe encendida y ánimo bien dispuesto, con el fin de adorar a nuestro Redentor por el incommensurable cariño con el que nos colma. Nos convertiremos de esta manera en dignas ovejas del redil del único y verdadero Pastor de nuestras almas, conscientes de ser amados por Él, cada uno, con una predilección sin límites. ✧

La mejor manera de comprender hasta qué punto ese amor se dirige a cada alma en particular es la contemplación del misterio de la Eucaristía



«Dame también el coraje, la fuerza y la fe»

En la pugna por la santificación Dios se reserva la parte más importante, es decir, su gracia. Pero al hombre le corresponde esforzarse para cooperar con sus divinos designios. El Altísimo nos exige «coraje, fuerza y fe».

Ney Henrique Meireles



Era el 27 de julio de 1942. Un grupo de élite del Ejército francés se aventuraba en las cálidas arenas del desierto. ¿Su blanco? Una base aérea alemana en Egipto.

En medio de las ráfagas de ametralladora y el bombardeo de los *Stuka* alemanes, uno de los soldados es herido en el hombro y en el abdomen. Lesiones graves, como enseguida se percibe por el profuso sangrado. Su fisonomía pálida y sus labios casi descoloridos parecen indicar que el bravo militar no permanecerá vivo por mucho tiempo.

De hecho, muere poco después, allí, en pleno desierto, en medio de la guerra. Momentos antes de entregar su alma a Dios, le dijo a uno de sus compañeros, con la tranquilidad de quien sabe luchar y confiar en la Providencia: «Voy a dejarte. Está todo en orden en mí».

Debido a la confusión del momento, sus compañeros improvisaron una tumba con las piedras del entorno, encima de la cual pusieron una cruz hecha con dos pedazos de madera. Y guardaron cuidadosamente las coordenadas del lugar, para luego recuperar sus restos mortales.

Antes de enterrarlo, le registraron los bolsillos y encontraron un peque-

ño cuaderno de anotaciones: sencillo, discreto, algo tosco y gastado por el uso. Muy superior al valor material de aquel objeto era su contenido. De entre los escritos que contenía, una oración titulada *Prière du para* (Oración del paracaidista), compuesta por el fallecido, sería fuente de estímulo para quien dedica su vida a grandes ideales.

Se trata de un poético gemido surgido de lo íntimo de un corazón cincelado por el sufrimiento y abrasado en el amor a Dios. El que lo había compuesto era consciente de sus malas inclinaciones, pero estaba compenetrado de la lucha contra ellas, al punto de implorar «el coraje, la fuerza y la fe».

¿Quién era ese soldado paracaidista cuya alma suplicaba con pala-

bras de fuego lo que es tenido normalmente como causa de tristeza, cansancio y pena?

Anhelos por los más arduos combates

André Zirnheld nació en París el 7 de marzo de 1913. Su familia, de origen judío, procedía de Alsacia, región acostumbrada desde hacía siglos a la guerras y disputas territoriales con Alemania. Cuando contaba con tan sólo 9 años, la muerte llamó a la puerta de su casa para llevarse a su padre.

En octubre de 1938, habiéndose licenciado en Filosofía y hecho el servicio militar, fue enviado a Siria para dar clases en el colegio de la Misión laica francesa,¹ en su condición de



Reproducción

André Zirnheld

¿Qué pasaba en el alma de aquel militar, filósofo e hijo de una familia burguesa para que ansiara de esa manera los combates más arduos?



En la ausencia de todo lo que significa estabilidad, el paracaidista siente la felicidad de quien se abandona en las manos de Dios

Paracaidista descendiende en Fort Lewis, cerca del monte Rainier (EE. UU.)

profesor. Cuando en 1939 comenzó la Segunda Guerra Mundial fue llamado a filas al Líbano con el fin de servir a su patria en aquel país.

En poco tiempo los acontecimientos se precipitaron. Los *Panzer* alemanes avanzaron imparable en dirección a París, forzando al Gobierno francés a firmar su vergonzosa rendición. Con el armisticio del 22 de junio de 1940, se estableció un régimen colaboracionista que, bajo la dirección del mariscal Pétain, obedecía las órdenes del Gobierno enemigo... Para quienes persistían en la intención de combatir, no había situación más frustrante y desoladora.

André, sin embargo, no se rinde. Quiere continuar defendiendo a su país, cueste lo que cueste. Cruza la frontera del Líbano en dirección a Palestina, en la época bajo el control de Inglaterra, y consigue unirse a las tropas francesas que seguían combatiendo.

Inicialmente es destinado a actuar en el servicio de inteligencia y propaganda, pero esto no le satisface. Su anhelo era luchar donde la batalla fuera más difícil y arriesgada. En 1942 se ofrece como voluntario en la Primera Compañía de Paracaidistas, conocida como Escuadrón Francés.

¿Qué pasaba en el alma de aquel militar, filósofo e hijo de una familia burguesa para que ansiara de esa manera los combates más arduos? Obviamente, no lo sabemos. Pero podemos levantar algunas hipótesis útiles para reflexionar sobre nuestra propia existencia.

Santidad, lucha y cruz

La práctica del paracaidismo tiene algo de singular. Sin la seguridad de un suelo firme bajo los pies, en la ausencia de todo lo que significa estabilidad para un ser humano, en la incertidumbre que supone lanzarse al aire a centenares de metros de altitud y confiando únicamente en el paracaídas, es posible sentir la profunda felicidad de quien se abandona en las manos de Dios.

André Zirnheld estaba luchando por su patria. Un arrebato lo impulsaba a asumir riesgos por amor a lo que le era superior. Por eso anhelaba el peligro y todo lo que el mundo rechaza. Ansiaba «la tormenta y la lucha», la «inseguridad y la inquietud».

¿Habría llamado en algún momento a la puerta del alma de este paracaidista la complacencia egoísta, invitándolo a huir de esa vida de constantes sobresaltos que podrían ser-

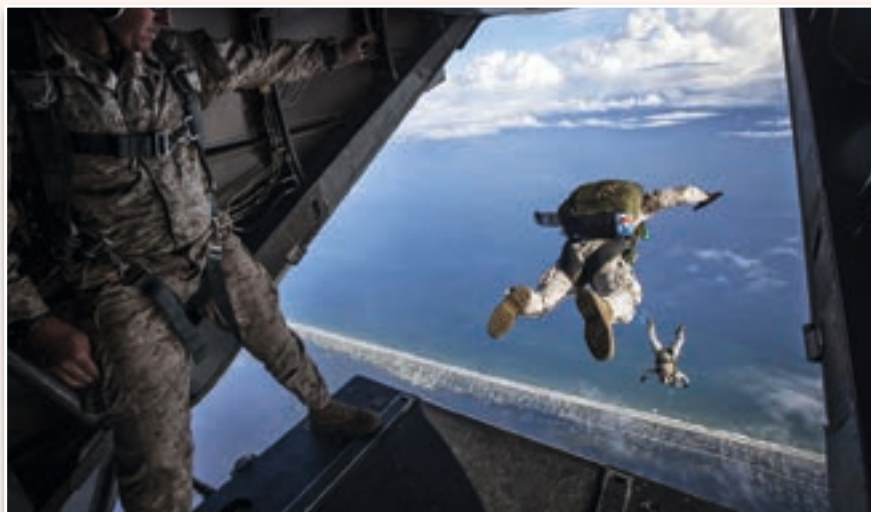
le mortales? ¿Le habrá susurrado al oído el «consejo» de elegir otro destino más seguro y estable?

Sin duda que sí, pues los vientos deletéreos de la mediocridad nunca dejan de soplar con fuerza sobre los que caminan por las vías del heroísmo. Todo lleva a creer que, como los demás hombres, André sintió también en sí las dos leyes de las que habla San Pablo: la del espíritu y la de la carne, que se oponen constantemente entre sí (cf. Gál 5, 17).

La lucha forma parte de la herencia dejada por Adán a sus hijos de todos los tiempos: si se quiere ser bueno, es necesario esforzarse por serlo. «El camino de la perfección pasa por la cruz. No hay santidad sin renuncia y sin combate espiritual», enseña el Catecismo.²

En esa pugna por la santificación Dios se reserva la parte más importante: su gracia, sin la cual nada podemos hacer. No obstante, le pide al hombre que se empeñe por cooperar con los divinos designios hasta donde le sea posible.³

Ahora bien, la tentación de llevar una vida mediocre y sin esfuerzo se nos presenta a menudo. Llamados a vivir en armonía con los bienes celestiales y practicar la virtud hasta el heroísmo, como verdaderos hijos de la luz, somos en estas horas atraí-



¿Habrá llamado a la puerta del alma de André la complacencia egoísta, invitándolo a huir de esa vida de constantes sobresaltos?

Paracaidistas en pleno momento del salto al vacío

dos por la falsa tranquilidad y la ilusoria paz de una excesiva complacencia deletérea.

La lucha más difícil de André Zirnheld

Quien quiere seguir el camino de la santidad necesita tener el valor de enfrentar los embates del demonio, del mundo y de la carne; debe estar determinado a cargar con la cruz; y, sobre todo, precisa querer inflamarse del entusiasmo y la energía necesarios para avanzar audazmente rumbo a la meta anhelada, trasponiendo con firmeza los obstáculos que se oponen a la ley divina.

No siendo ajeno a esa lucha, el paracaidista André, mientras sobrevolaba el cielo, enfrentando el riesgo con intrepidez, tal vez sintiera que su alma era atraída poderosamente por los peores vicios y defectos. Tuvo la valentía de lanzarse de un avión para alcanzar el objetivo, es verdad; se había acostumbrado a enfrentar con gallardía la inseguridad que el paracaídas proporciona, pero quizá se sintiera cobarde para luchar contra sus propios defectos.

Alguien que en pro de un ideal es capaz de vencer el propio instinto de conservación es digno de encomio y alabanza. Pero mayor admiración merece quien venció sus flaquezas y

apegos para ofrecerlos en holocausto ante el trono de la Santísima Trinidad: «La ofrenda del justo enriquece el altar, su perfume sube hasta el Altísimo» (Eclo 35, 8).

El heroísmo del desapego

Si André Zirnheld dominó sus imperfecciones con la misma bravura con que realizó sus hazañas, el bien venció verdaderamente en su interior. La perspectiva de la muerte que la guerra conlleva y la incertidumbre de cada salto son grandes educadoras. Dios las usa como valioso instrumento para estimular en nosotros el amor a la vida eterna. ¿Se habrá servido de ellas nuestro paracaidista para purificar su alma y elevarse hasta el Creador?

En cierto momento del salto, en el inmenso silencio de los cielos, Nuestro Señor debe haberle hecho oír la suavísima voz divina, haciendo que brotaran nuevos anhelos en su espíritu: «*Mon Dieu, donnez-moi la tourmente, la souffrance, l'ardeur au combat!*», ¡Dios mío, dame la tormenta, el sufrimiento, el ardor en el combate!

Al impulso de esa gracia, habrá aprendido a despreciar aún más los vanos placeres de este mundo, a amar el dolor, a rechazar la vida confortable y a desear lo que nadie tenía el coraje de pedir: la inseguridad, el

infortunio, la inquietud, la lucha, la tormenta.

La vía del heroísmo militar se enriquece así con la virtud del desprendimiento. El camino del riesgo, del dolor y del peligro se eleva y se transforma en una senda gloriosa por la cual se escala hacia una cima más alta: el heroísmo del desapego.

Osado como militar y en la oración

Si el paracaidista se empapó de ese espíritu mientras efectuaba arriesgadas misiones, ante la posibilidad de que en cualquier momento fuera disparado por el enemigo, se obraría en él, entre tiros de fusil y explosiones de granada, la obra de la salvación.

El análisis de los acontecimientos nos permite pensar que, de hecho, así sucedió.

Una vez, por ejemplo, saltó con otros cuatro más sobre un campo de aviación enemiga, consiguiendo abatir seis aviones en tierra. Y como ya había realizado otras proezas bélicas, destruyendo líneas férreas esenciales para el ejército alemán, fue condecorado con la Cruz de guerra con dos palmas en corladura.

No obstante, incluso después de haber recibido ese valioso reconocimiento, los lazos que lo ataban a la tierra fueron perdiendo valor. Su co-

razón empezaba a firmar vínculos únicamente con Dios.

Arrebatado por esos anhelos, escribió el famoso poema que llegaría a ser conocido como la *Oración del paracaidista*, perfectamente aplicable a todos los que desean volar por las sendas del heroísmo. La santidad exige coraje, fuerza y fe. Obliga a volar, incluso sin despegar los pies del suelo, e invita a combatir siempre.

«El que se arriesga, gana», rezaba el lema del escuadrón al cual Zirnheld pertenecía, y nuestro paracaidista supo hacer honor a esa máxima. Fue osado como soldado en la tierra y osado en los deseos presentados a Dios en su célebre oración. Seamos

«El camino de la perfección pasa por la cruz. No hay santidad sin renuncia y sin combate espiritual»

nosotros también arrojados en todo lo que toca a la glorificación del Altísimo. Marquemos nuestros objetivos con valentía, convencidos de que el vigor necesario para alcanzarlos vendrá si suplicamos humildemente la ayuda divina, por la cual seremos capaces de hazañas sin precedente en la Historia. ✧

¹ Organización creada en 1902 por Pierre Deschamps con el objetivo de difundir por el mundo entero la lengua y la cultura francesas.

² CCE 2015.

³ Cf. ROYO MARÍN, OP, Antonio. *Teología de la perfección cristiana*. 12.^a ed. Madrid: BAC, 2008, p. 343.

Oración del paracaidista

Dame, Dios mío, lo que te queda. Dame lo que no se te pide nunca.

No te pido reposo, ni tranquilidad, ni la del alma, ni la del cuerpo. No te pido la riqueza, ni el éxito, ni siquiera la salud. Tantos te piden estas cosas, Dios mío, que ya no debes tenerlas.

Dame, Dios mío, lo que te queda. Dame lo que todos rechazan. Quiero la inseguridad y la inquietud, quiero la tormenta y la lucha, y que me lo des, Dios mío, definitivamente; que yo esté seguro de tenerlo siempre, pues no siempre tendré el coraje de pedirte lo.

Dame, Dios mío, lo que te queda. Dame lo que otros no quieren. Pero dame también el coraje, la fuerza y la fe.



Estampas con la oración que fueron ampliamente difundidas en el Ejército francés

Reproducción

Caída de edificios simbólicos: ¿prenuncio de nuevas eras?

¿Regla de la Historia o misteriosa coincidencia? Lo seguro es que la caída y ruina de edificios o ciudades especialmente simbólicos suele ser elocuente señal de cambios radicales en el rumbo de los acontecimientos.

João Paulo de Oliveira Bueno



Hace milenios que se construye. A bien decir, no se puede precisar el origen de la arquitectura, pues los edificios siempre formaron una parte esencial en la vida del hombre.

De los más elementales y rústicos monumentos de pueblos prehistóricos a las colosales pirámides egipcias —regios mausoleos que albergaban a las momias de los faraones¹—, de los suntuosos templos que se elevaban sobre las acrópolis griegas a las inmensas catedrales de la Europa medieval, la arquitectura tal vez sea el arte más expresivo de las actitudes, conocimientos y necesidades de un pueblo.

Para residencia, culto religioso, trabajos o estudios; para el cuidado de la salud o incluso para la práctica deportiva, los edificios son indis-

pensables y no se comprende la vida sin ellos.

Aunque, también en esta materia, hay algo que trasciende el terreno de lo concreto.

El carácter simbólico de los edificios

En el Génesis, unos capítulos después de la narración del Diluvio, vemos cómo los hombres se organizaron con el fin de llevar a cabo un inmenso proyecto: «Vamos a construir una ciudad y una torre que alcance el cielo» (11, 4). Esta iniciativa desagradó al Altísimo, al estar basada en la vanagloria y el rechazo a Él. ¿Y no es verdad que Babel pasó a representar la desobediencia al Señor y la miserable autosuficiencia humana?

Más adelante, el propio Dios seputará, bajo el fuego y el azufre, a

las ciudades de Sodoma y Gomorra (cf Gén 19, 24-25), a causa de sus abominaciones, convirtiéndolas así en un símbolo del pecado que practicaban para los siglos futuros.

Pero, en sentido contrario, las edificaciones también pueden reflejar altas realidades. No es sin razón que el Apóstol utiliza la imagen de un templo cuando trata de los miembros del Cuerpo Místico de Cristo: «Sois conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios. Estáis edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, y el mismo Cristo Jesús es la piedra angular. Por Él todo el edificio queda ensamblado, y se va levantando hasta formar un templo consagrado al Señor» (Ef 2, 19-21).

Y San Juan tomará la figura de una «nueva Jerusalén» para poner en palabras su visión, toda ella mis-

tica y rodeada de misterios: «Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva [...]. Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén que descendía del cielo, de parte de Dios, preparada como una esposa que se ha adornado para su esposo» (Ap 21, 1-2).

Pocas ciudades en el mundo se volverían tan representativas como Jerusalén. Fue símbolo de la unidad del pueblo elegido, que manifestó por ella un gran aprecio: «Si me olvido de ti, Jerusalén, que se me paralice la mano derecha; que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti, si no pongo a Jerusalén en la cumbre de mis alegrías» (Sal 136, 5-6); y después pasó a representar, entre otros atributos, la unidad de la propia Iglesia Católica.²

Ciertas construcciones adquieren, por tanto, un carácter verdaderamente simbólico según las circunstancias en torno a las cuales son erigidas, utilizadas o destruidas.

Un cambio radical en el panorama de Israel

Para el conocido historiador Daniel-Rops «la evolución de las sociedades humanas no conoce cortes bruscos y, del pasado al futuro, los cambios se hacen más por transformación que por mutación repentina».³ Esto, sin embargo, no impide la existencia de fechas fatídicas «en las que parece que la propia corriente de la Historia cambia de sentido».⁴

Tanto para regiones pequeñas o grandes civilizaciones, esas fechas existen y muchas de ellas son señaladas por la caída y ruina de edificios o ciudades enteras, que anuncian cambios radicales en los acontecimientos.

La toma de Jerusalén en el 70 d. C. ilustra muy bien esa realidad.

En la Sion de otrora, el Templo era el orgullo de la nación hebrea. Pues bien, éste lo derribaron dos veces. La primera sucedió cuando la ciudad fue conquistada por Nabucodonosor, rey de Babilonia (cf. Jer 42-43). El edificio erigido por Salomón fue reconstruido entre los reinados de Ciro y Darío (cf. Esd 6), siendo consagrado en torno al 515 a. C. No obstante, en el 70 d. C. pasó por el episodio trágico que culminaría con su definitiva ruina.

En la Pascua de aquel año, Roma decidió poner punto final a las sucesivas rebeliones de los judíos. Entonces el emperador Vespasiano envió a su hijo Tito a Jerusalén con todas las huestes y máquinas necesarias: «[...] cinco meses más tarde, tras indescriptibles escenas de horror, el cerco llegó a su fin. Jerusalén estaba en ruinas, miles de cadáveres rodaban bajo las patas de los jinetes nubios al servicio de Roma».⁵

¿Y el Templo? Fue incendiado, a disgusto del propio Tito, que había ordenado su preservación.

Afirma el historiador hebreo Flavio Josefo, con una pizca de exageración patriótica, que se trató de la destrucción de la obra más espléndida que había existido sobre el orbe, sea por su estructura, magnificencia y riqueza, sea por la santidad en él albergada. Impresiona, además, el hecho de que el derrumbe de ese incomparable templo ocurriera el mismo día y mes en el que los babilonios lo habían incendiado otrora.⁶

Símbolo terrible de la desgracia que se abatió sobre Israel, la pérdi-

da del Templo y la toma de Jerusalén constituyó un hito en la historia de los hebreos. Para ellos la vida ya no sería la misma: «De la resistencia judía restaron tan sólo algunos grupos insignificantes, ocultos entre los escombros, que sucumbieron en los años siguientes. Judea se convirtió en una provincia romana, separada de Siria y ocupada por una legión acuartelada en Jerusalén. Desaparecieron el sanedrín y el sumo sacerdocio».⁷

Caída de Bizancio, fin de la Edad Media

Muchos siglos después otra importante ciudad sucumbiría. Se pasaba una página más de la Historia.

Corría el año de 1452. Las tentativas de reunificación de la Iglesia, tras el Gran Cisma de Oriente de 1054, aún resultaban inútiles: «Es mejor que reine en Constantinopla el turbante de los turcos que la mitra de los latinos»,⁸ exclamaban públicamente, bajo los aplausos de la multitud, altos dignatarios de Bizancio. Y así se hizo.

Y San Juan tomará, en el Apocalipsis, la figura de una «nueva Jerusalén» para poner en palabras su visión, toda ella mística y rodeada de misterios

Abajo, Jerusalén vista desde el monte de los Olivos. En la página anterior, las Torres Gemelas poco antes de colapsar



Un año después de la mencionada declaración, las tropas de Mehmed II asediaban la gran ciudad. En la basílica de Santa Sofía «los miles de cristianos que allí se habían refugiado para rezar fueron todos decapitados. Más de cincuenta mil griegos de ambos sexos y de todas las edades fueron vendidos como esclavos. [...] Inestimables tesoros del arte y de la inteligencia fueron saqueados y estúpidamente destruidos: estatuas, columnas raras, ornamentos religiosos, manuscritos y evangelarios [...].

«Finalmente, en Santa Sofía, cuyas paredes habían sido encaladas con yeso para obliterar las figuras odiadas por el Corán, el vencedor hizo su entrada solemne, rezó las oraciones musulmanas y, con una palabra, mandó que terminara la masacre. Concluía más de mil años de grandeza cristiana».⁹

Para la mayor parte de los historiadores, los acontecimientos de 1453 en Bizancio delimitaron el fin del período de la Edad Media.

¿Habrá otra toma que, como esas, sea considerada un hito simbólico?

La pusilanimidad derriba una fortaleza

Pasemos al reino de Francia, al 14 de julio de 1789.

Si un literato hubiera osado imaginar lo ocurrido aquel día en París, corría el serio riesgo de ser tachado

de loco y conspirador. Pero no se trataba de una ficción. La propia Historia se encargó de pintar con los colores de la más pura realidad una trágica sucesión de horrores.

La multitud armada afluye a la fortaleza de la Bastilla. Disparando incesantemente y tratando de incendiar una de sus torres, consigue, por fin, romper las amarras del puente levadizo, que cae estrepitosamente. El patio es invadido y las dependencias puestas al pillaje. La muchedumbre, ebria de sangre, corre hacia el edificio de gobierno parisino. El presidente del municipio, Flesselles, pálido, sale al encuentro y aún no había dado tres pasos, cuando, a su vez, es asesinado y decapitado.¹⁰

Aquella antigua fortaleza medieval había sido transformada en una cárcel del Gobierno que contaba en

Para la mayor parte de los historiadores, los acontecimientos de 1453 en Bizancio delimitaron el fin del período de la Edad Media

Abajo, La conquista de Jerusalén - Museo de Bellas Artes, Gante (Bélgica)

la época con tan sólo siete prisioneros: cuatro falsificadores, un joven preso a petición de su familia y dos locos. Al tomar la Bastilla los revolucionarios iban en busca del armamento y la munición allí depositados. La fortaleza en sí no tenía gran trascendencia; su conquista, no obstante, fue exaltada por los propagandistas, enaltecida por la Asamblea, aprobada por la corte y legitimada por Luis XVI. Se convirtió en el signo de la pusilanimidad real y la «prueba de que la monarquía renunciaba a sus propios principios».¹¹

La invasión de la Bastilla se transformó en uno de los mayores emblemas de la Revolución francesa. ¿Por qué? El pueblo se dirigió hacia allí en busca de armas, es verdad. Pero el gesto poseía una dimensión más profunda: el castillo era símbolo del régimen con el que querían romper. Así pues, su ruina representó el desmoronamiento de la monarquía, que había sido hasta entonces, en esta tierra, «el supremo recurso contra la maldad de los hombres y la hostilidad de las cosas».¹²

Nuevo punto de referencia para el mundo

Podemos mencionar también otros hechos elocuentes, como el bombardeo de las ciudades europeas en la Primera Guerra Mundial. Tal conflicto redujo a escombros distintas partes de Europa —anta-



ño «el centro del mundo»— mientras que del otro lado del Atlántico se hacían sentir nuevos aires de progreso.

El Prof. Plinio Corrêa de Oliveira, que había vivido esas transformaciones del panorama mundial, escribiría: «Ante el esplendor de la joven y gigantesca nación estadounidense, Europa, bella, conservadora y respetable, pero destrozada por la guerra, parecía que se hubiera retirado de los hechos y estuviera imposibilitada de resolver sus problemas, a menos que el coloso la ayudara. Continente nimbado por las glorias del pasado, es verdad, pero incapaz de dominar el presente y, sobre todo, de producir el futuro. La tierra de las cosas hermosas y de los cuentos de hada, que ya no tenían razón de ser, era sustituida por una nueva potencia.

«La opinión pública mundial tuvo súbitamente la noción de que su propio eje se había desplazado: Europa fue en otro tiempo el centro de las atenciones, pero ahora el mundo pasaba a presentar otro punto de referencia».¹³

Aunque este nuevo modelo sufriría una misteriosa afrenta al despuntar el tercer milenio.

El atentado terrorista más grande de la Historia

«Un día tenebroso en la historia de la humanidad»,¹⁴ así es como ca-



Reproducción

La Toma de la Bastilla, por Jean-Pierre Houël - Biblioteca Nacional de Francia (París)

lificaría el sumo pontífice a aquel 11 de septiembre de 2001.

A las 8:45 de la mañana, horario de Nueva York, un avión secuestrado por terroristas es estrellado contra uno de los edificios más grandes del mundo. Dieciocho minutos más tarde el edificio contiguo al anterior recibía el impacto de otro avión. Cuando el reloj marcaba las 10:30 h las torres gemelas del World Trade Center—construcciones de 110 plantas—se habían venido al suelo, reducidas a escombros de hierro y cemento.

Pasados cerca de cuarenta minutos de la primera explosión, un ter-

*Ahora bien, la
invasión de la Bastilla
poseía una dimensión
más profunda: el
castillo era símbolo
del régimen con el
que querían romper*



Reproducción



cer avión chocaba con el Pentágono, sede del Departamento de Defensa de los Estados Unidos; y a las 11:29 h un cuarto lo hacía en Pittsburgh (Pensilvania). Los atentados causaron miles de víctimas.¹⁵

Un ataque despiadado, condenado por la totalidad de las autoridades internacionales, que no dejó de contener su aspecto altamente simbólico.

Para el entonces canciller alemán, Gehrard Schroeder, los atentados habían sido una «declaración de guerra a todo el mundo civilizado».¹⁶ Un articulista destacaría: «[Se inicia] una nueva página de la Historia [...]». El veredicto es perentorio: el mundo entra en nuevos y abominables paisajes».¹⁷

Dejando de lado las cuestiones políticas y económicas que envuelven estos hechos, ¿un acontecimiento de esas proporciones acaso no significará algo muy serio, justo en los albores de un nuevo siglo, de un nuevo milenio?

A la izquierda, La Torre de Babel, por Lucas van Valckenborch - Museo del Louvre, París; a la derecha, el incendio de Notre Dame de París el 15/4/2019

*El mundo se cerró
al Altísimo y parece
estar recogiendo los
frutos del desorden
que sembró en
el pecado y en
la iniquidad*

**El destino de una civilización
abandonada al pecado**

Está claro que en un mundo basado en la moral y en la ley de Dios jamás habría sitio para atrocidades de ese género. Daniel-Rops afirma con mucha precisión: «Las crisis que sacuden a las sociedades humanas empiezan siempre por ser cri-

sis espirituales: los acontecimientos políticos y las convulsiones sociales no hacen sino traducir en hechos un desequilibrio cuya causa es más profunda».¹⁸

Ahora bien, ¿la «causa profunda» de eventos como este no estaría relacionada íntimamente al desprecio para con Dios y a los errados criterios humanos de los que nos hablaba Juan Pablo II en su visita a Fátima?¹⁹

El mundo se cerró al Altísimo y parece estar recogiendo los frutos del desorden que sembró en el pecado y en la iniquidad. Por cierto, fue muy en ese sentido que la Santísima Virgen advirtió a la humanidad, a través de los pastorcitos, cuando pedía una urgente conversión de los corazones. Pero ni siquiera ese aviso maternal encontró eco en las almas. Ahora, ¿qué resultados se podrían obtener de ese rechazo a la voluntad de Dios y de la Virgen sino los peores desastres?

Quizás los terribles acontecimientos que abrieron el siglo XXI, hace

¹ Los egipcios afirmaban que «la casa era un lugar de paso, y la tumba una mansión eterna» (cf. AYERVE, CMF, Francisco Naval. *Curso Breve de Arqueología y Bellas Artes*. 8.ª ed. Madrid: Cocolsa, 1950, p. 106).

² Cf. BÍBLIA DE JERUSALÉM. São Paulo: Paulus, 2016, p. 998.

³ DANIEL-ROPS, Henri. *História da Igreja de Cristo. A Igreja da Renascença e da Reforma*. São Paulo: Quadrante, 1996, v. I, p. 104.

⁴ Ídem, ibídem.

⁵ DANIEL-ROPS, Henri. *História da Igreja de Cristo. A Igreja dos Apóstolos e dos mártires*. São Paulo: Quadrante, 1988, p. 51.

⁶ Cf. JOSEFO, Flavio. *História dos Hebreus*. São Paulo: Américas, 1963, v. VIII, p. 295.

⁷ DANIEL-ROPS, *História da Igreja de Cristo. A Igreja dos Apóstolos e dos mártires*, op. cit., pp. 52-53.

⁸ DANIEL-ROPS, *História da Igreja de Cristo. A Igreja da Renascença e da Reforma*, op. cit., p. 92.

exactamente veinte años, sean símbolo elocuente del destino de una civilización que quiso revolcarse en el pecado. Tal vez las fuerzas del Infierno se hayan regocijado con la caída de las Torres Gemelas, previendo el advenimiento de una era en la cual avanzarían, como nunca, para consumir la perdición de un mundo que ya pretenden dominar.

Además, rememorando aquellas escenas de horror, no podemos evitar evocar las llamas inclementes que consumieron tantas iglesias alrededor del mundo en los últimos años, en especial la incomparable catedral de Notre Dame de París.

De cualquier forma, esas impías llamas jamás podrán ser prenda del triunfo de los infiernos. Cuando los demonios menos se lo esperen, el propio Jesús derrumbará, de un sople (cf. 2 Tes 2, 8), la «Babel» construida por el diablo y sus secuaces. Entonces veremos en qué manos están las auténticas «riendas» de los acontecimientos. ✧

«Los acontecimientos políticos y las convulsiones sociales no hacen sino traducir en hechos un desequilibrio cuya causa es más profunda»



Biblioteca del Congreso de Estados Unidos

⁹ Ídem, p. 96.

¹⁰ Cf. GAXOTTE, Pierre. *A Revolução Francesa*. Porto: Tavares Martins, 1945, pp. 92-93.

¹¹ Ídem, p. 94.

¹² Ídem, ibídem.

¹³ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio. *Notas Autobiográficas*.

São Paulo: Retornarei, 2010, v. II, p. 63.

¹⁴ SAN JUAN PABLO II. *Audiencia general*, 12/9/2001.

¹⁵ Cf. EDITORIAL. Um país em estado de choque. In: *O Estado de São Pau-*

lo. Año CXXII, N.º 39411 (12/9/2001), pp. A1; A4.

¹⁶ Cf. MUNDO CONDENA E PEDE UNIÃO CONTRA O TERROR. In: *O Estado de São Paulo*, op. cit., p. A14.

¹⁷ LAPOUGE, Gilles. Violência, sem precedentes, abala a his-

tória. In: *O Estado de São Paulo*, op. cit., p. A11.

¹⁸ Cf. DANIEL-ROPS, *A Igreja da Renascença e da Reforma*, op. cit., p. 106.

¹⁹ Cf. SAN JUAN PABLO II. *Homília en la Misa en Fátima*, 13/5/1982.

Sublime intimidad entre el Niño y su Madre

Al comentar los sentimientos que la contemplación del fresco de Nuestra Señora del Buen Consejo despierta en su alma, el Dr. Plinio describe las encantadoras profundidades de la convivencia entre el Niño Jesús y su Madre Santísima.



Plinio Corrêa de Oliveira

Nuestra Señora del Buen Consejo se presenta ante nosotros como una advocación que, a primera vista, parece quizá no tener mucha relación con el fresco. Éste representa a una reina de un pequeño país balcánico, lo cual se percibe en la figura, en los adornos y, aún más, en el tipo marcadamente oriental, con esos ojos un poco almendrados y vueltos hacia abajo.

Está con el Niño en sus brazos en una actitud de mucha intimidad, dando la impresión de que se ha olvidado de que Ella es reina y Él, rey. No significa que hayan pedido la dimisión o abdicado de la realeza, sino que, en ese momento, lo que está en el primer plano de la atención y del modo de sentir es el hecho de que Ella es madre y Él, hijo.

Profundidad de sentimiento y de pensamiento

Una de las cosas que más me atrae del cuadro es la forma con la que representa la profunda intimidad de una mutua interrelación entre ambos, la cual hace que sintamos incluso el fondo de sus almas: Nuestra Señora

es madre, es la Madre de ese Hijo, a quien ama mucho; Nuestro Señor es hijo, y es el Hijo de esa Madre.

La unión de alma entre Madre e Hijo explica la tranquilidad y casi inmovilidad de ese afecto; éste ha llegado tan hondo que ellos no tienen nada qué decirse: están quietos, únicamente bienqueriéndose, como el que nota que, de un lado y otro, el conocimiento y el cariño y buena voluntad han llegado a su fin. Ya no hay nada más qué considerar: sólo gozar la bienaventurada delicia de ese mutuo entendimiento y mutuo estar juntos.

En este punto, el artista fue muy delicado porque pintó al Niño con

los rasgos de un crío de esa edad, sin nada en común con un «hombrecito» precoz, más bien con una profundidad de sentimiento y pensamiento que ni siquiera un hombre hecho y derecho tiene. Y esto se corresponde enteramente a la doctrina católica sobre el Hombre Dios.

La unidad de las naturalezas divina y humana en la misma Persona trae como consecuencia que ese Niño, de esa edad, concebido sin pecado original, sin haber pasado, por tanto, por ninguna de las debilidades y de las —digo esto en el sentido etimológico latino— imbecilidades y flaquezas de la infancia, tenga tal perfección en el sentir. Es consciente de quien es esa Madre, de las profundidades de alma que le ofrece, y entra tan a fondo en esas profundidades que se pone en manos de Ella como un niño.

Aquí nos encontramos con una sublime paradoja: ese Niño en todo es un niño, excepto en el entender y querer las cosas sublimes, extraordinarias. No me espanta, por tanto, que quisiera depender de Ella para cubrir las necesidades más modestas y corrientes, porque así es como se compagina la condición de infante en el Niño Dios.

*La unión de alma
entre Madre e
Hijo explica la
tranquilidad y
casi inmovilidad
de ese afecto*



Madre del Buen Consejo - Santuario de Genazzano, Italia

Un cuadro de extraordinario vuelo sobrenatural

El fresco expresa eso admirablemente. Es una obra de arte de calidad mediana, aunque de un vuelo sobrenatural extraordinario. Nos da bien la noción de la relación existente entre ellos.

La Virgen lleva al Niño como quien porta un tesoro de valor infinito, pero también es una persona generosa. Cuando imaginamos a un individuo que va cargando un tesoro lo representamos agarrado a él, dispuesto a impedir que alguien se lo robe y con una actitud del que dice: «Esto es mío, no es suyo. No se acerque y no moleste, porque es mío». Mas Ella no hace eso.

Por el respeto y por la seriedad tranquila y afectuosa con que lo lleva se ve que tiene una completa noción de que está portando al Hijo de Dios

Nuestra Señora sujeta a su divino Hijo con sumo cuidado y delicadeza, de tal manera que a Él no le pasa nada ni nada ocurre en su entorno sin que sea inmediatamente per-

cibido por su Madre Santísima. Ejerce una dulcísima vigilancia materna, si bien no muestra la mínima preocupación de que se lo quiten de sus brazos. Sabe que posee un tesoro que no se divide cuando se comparte: al entregarlo a otro, entiende que Él permanece enteramente con quien lo ha dado y con quien lo ha recibido.

En el cuadro, la posición del rostro de la Virgen ha sido calculada con esmero para que, sin mostrar propiamente al Niño, nada oculte su cara. Él queda en primer plano mientras Ella queda en el segundo.

Por el respeto y por la seriedad tranquila, distendida y afectuosa con que lo lleva se ve que tiene una completa noción de que está portando al Hijo de Dios. Lo adora con el más profundo respeto, pero al mismo tiempo se siente invadida por el afecto de aquel a quien respeta, hasta el punto de sentirse con libertad de, sin vacilación alguna o timidez, darle órdenes a su propio Dios.

A Nuestra Señora le corresponde decidir cuándo lo acuesta o lo saca de la cuna, deliberar si llegó o no el momento del descanso. Incluso sabiendo que es nada, o casi nada, ante el Creador no teme decirle: «Mi Dios, ya es hora de irse a dormir». Y Él, cuya naturaleza humana está hipotáticamente unida a la segunda Persona de la Santísima Trinidad, cierra los ojos y duerme, porque su Madre se lo ha mandado.

Desdoblamiento de la Encarnación

Las reflexiones de arriba se insieren en el «et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis» del prólogo del Evangelio de San Juan: «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1, 14). Todo este celestial torbellino de relaciones vertiginosas, admirables y dulcísimas son desdoblamientos del misterio de la Encarnación.

No conocemos detalles de la convivencia entre Madre e Hijo, pero

puede haber ocurrido, por ejemplo, que, ya con un poco de más edad, el Niño Jesús quisiera jugar con una pelota, pero que no la hubiera podido pedir al no saber hablar aún. ¡Dios quería jugar! Y le correspondía a su Madre Santísima adivinar, por amor, lo que Él deseaba.

Podemos imaginar a la Virgen y a San José charlando sobre el tamaño, el diámetro de esa pelota, sobre el material del que estaría hecha, pensando cómo hacerla hueca, para que no quedara muy pesada en sus manitas, etc. E imaginando, a la vez, una cruz encima de esa pelota a la manera de la que vemos en los orbes presentes en las manos de incontables reyes de la tierra.

Igualmente podemos imaginar a María Santísima prestando atención en descubrir qué plato le gustaba más o rezándole a Él para saber qué comida desearía aquel día. Y el Niño Jesús, aún con dificultad para hablar, balbuceaba una palabra cualquiera cuyo sentido era misteriosamente percibido por Ella: «¿No sabes, Madre mía, que vine a la tierra para sufrir?».

Nadie puede calcular lo que fueron las relaciones entre Nuestra Señora y su divino Hijo durante su infancia, ni los misterios y sublimidades de un Dios aún en edad de jugar. Dicen las Escrituras que, antes de todos los siglos, la Sabiduría eterna también se recreaba con la bola de la tierra (cf. Prov 8, 27-31). Pero entre esto y una pelotita hecha en el taller de Nazaret... ¡Qué diferencia!

**La Madre que creé
y de la que nací**

Ahora bien, si Nuestro Señor se transfiguró ante tres apóstoles en lo alto del monte Tabor, ¿cuántas veces no se habrá transfigurado

ante Ella? ¿Y en qué momentos? Durante el sueño, quizá...

¡Cuánto poder, majestad, inocencia y delicadeza debía transparecer en el Niño Jesús entretanto dormía! Pero a veces, mientras su Madre lo contemplaba, veía transparecer en Él fugazmente, de repente, no a un niño inusual, isino al propio Dios!

Sabemos, por el Génesis, que antes de descansar «vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno» (Gén 1, 31). Pero nada de lo que hizo era tan sublime como Nuestra Señora. Al verla, el Niño Jesús, en cuanto Creador, charlaba —por así decirlo— con su naturaleza humana y pensaba: «¡Qué hermosa es esta Madre que he hecho y de la que he nacido! ¡Qué alma incomparable!».

Estando entreabierta la puerta de la habitación, la veía rezar iluminada por un candil de llama indecisa; nota que le reza a Él, pero no entra en el cuarto; percibe que está orando también al Padre eterno y al divino Espíritu y, como segunda Persona de la Santísima Trinidad, conoce sus oraciones. Sin embargo, llegaba la hora de llamarla para que lle-

vara a cabo alguna acción concreta y le grita: «¡Mamá!».

Situaciones como esta se multiplicaron casi hasta el infinito. En cierto momento, Nuestro Señor la ve llorando: la Santísima Trinidad, de la cual Él forma parte, le estaría dando aclaraciones sobre su Pasión y Muerte. Nota la docilidad de su Madre y, al mismo tiempo, la espada que traspasa su alma. Se deleita considerando que, por el amor que Ella le tiene a los hombres, también acepta y quiere su muerte. Y al día siguiente, cuando Ella se levanta, percibe en su fisonomía un surco de dolor que le otorga una majestad, gravedad e interioridad verdaderamente indescriptibles.

Podemos imaginar también a la Santísima Virgen teniendo un cono-

*El Niño Jesús
balbuceaba, y Ella
percibía el sentido...
Le correspondía a
su Madre Santísima
adivinar, por amor,
lo que Él deseaba*



Pintura de la escuela cuzqueña - Colección privada, São Paulo (Brasil)

Juan Carlos Villagomez



El Dr. Plinio durante su peregrinación al santuario de Genazzano en septiembre de 1988

cimiento profético de los milagros, enseñanzas y parábolas de su divino Hijo. O viendo su figura que camina en dirección a lo alto de un monte. La Pasión, la Cruz, la Muerte y la gloria de la Resurrección... ¿Quién podría imaginar todo eso adecuadamente? ¡Nadie!

Cuadro del Colegio San Luis

En el Colegio San Luis había un cuadro de la Madre del Buen Consejo colocado en el retablo del altar de la modesta capilla, una sala transformada en oratorio en la cual entré numerosas veces.

Para celebrar el mes de mayo, por ejemplo, todos los alumnos entraban directamente cantando en la capilla en honor de Nuestra Señora. En esas ocasiones, naturalmente yo miraba hacia la imagen y mi atención era solicitada tanto por la Madre de Dios como por el Niño Jesús, pero reflexionando en teoría, conforme la doctrina católica los considera y conforme la mente de un niño puede alcanzar.

*En ese momento
ocurrió algo como
cuando un pequeño
haz de luz se vuelve
intenso: de ahí surgió
una devoción que
marcó mi vida*

Entonces pensaba: «Aquí está la Madre de Dios, María Santísima, la que me dio aquella gracia en el santuario del Corazón de Jesús. La veo bajo otra advocación, vestida con distinta ropa. ¡Pero es la misma! Le voy a rezar, porque ya he experimentado cuán bondadosa es conmigo y sin eso no me las apaño; al contrario, con su misericordia lo consigo todo. Una oportunidad más de unirme a Ella».

Sabía que el título de aquel cuadro era *Mater Boni Consilii*, o sea, Madre

del Bueno Consejo. Intenté algunas veces rezarle bajo esa advocación, que notaba que era excelente, mas no me decía gran cosa, pues así es la vida de piedad: a menudo algo excelente no nos habla mucho al alma.

Esa distancia se mantuvo hasta que leí un libro sobre Nuestra Señora de Genazzano, poco antes de sufrir aquella crisis de diabetes que tuve y de suceder todo lo que sucedió.¹ En ese momento ocurrió algo como cuando un haz de luz, nacido de una lámpara pequeña, pero fuerte, se vuelve intenso. De esa primera visión surgió una devoción que marcó mi vida. ✧

Extraído, con adaptaciones,
de la revista *Dr. Plinio*.
São Paulo. Año XVIII.
N.º 205 (abr, 2015); pp. 22-25.

¹ Cf. CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *El don de la sabiduría en la mente, vida y obra de Plinio Corrêa de Oliveira*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2016, v. IV, pp. 237-330.



SAN FRANCISCO DE PAULA

Para él, todo era posible

Una vocación peculiar surge en medio de la decadencia de las costumbres del siglo XV: un solitario que reúne a multitudes, un penitente que vive veinticuatro años en las cortes, un profeta y taumaturgo que quiso llamarse «Mínimo».



Daniel Vinicius Almeida da Paixão

Un hecho curioso agitaba la ciudad italiana de Paula aquella noche. Sus habitantes, reunidos en torno a la casa de un campesino, observaban asombrados lo que allí estaba sucediendo. Giacomo, el propietario de la vivienda, al percibir el tumulto que se había formado en su puerta, salió para averiguar qué estaba pasando; y estupefacto constató cuál era el objeto de tanta atracción: una misteriosa lengua de fuego, acompañada de angélicas melodías, sobrevolaba su rústica residencia. Nadie sabía su significado, pero apuntaba ser un presagio. Nueve meses más tarde todo quedó claro.

La aurora de una gran vocación

Habían pasado quince años desde que Giacomo D'Alessio y Vienna di Fuscaldo contrajeron matrimonio; no obstante, la Providencia les estaba exigiendo la dura prueba de no tener descendencia. La pareja entonces juzgó que debía hacer violencia al Cielo. Peregrinaron a Asís, donde desde hacía dos siglos el *Poverello* venía realizando milagros, para imple-

rarle a San Francisco que les diera un hijo. Poco después de regresar a Paula tuvo lugar el enigmático portento narrado antes.

Por fin, el 27 de marzo de 1416 el hogar de Giacomo se convirtió nuevamente en la atracción de la ciudad: hacia allí confluyeron amigos y parientes para conocer al recién nacido, a quien le pusieron el nombre de Francisco, en honor al Santo de Asís. Giacomo y Vienna entendieron, al recordar aquel fenómeno, que Dios les había concedido un heredero inusual.

Para confirmar la predilección que había depositado en el niño, la Providencia quiso marcarlo con la gloria del sufrimiento. Siendo todavía muy joven, fue acometido por un absceso en un ojo que amenazaba con dejarlo ciego. Una vez más, la piadosa madre se puso a los pies del Llagado de Asís y le prometió que ofrecería a su hijo como oblato durante un año, tan pronto como las circunstancias se lo permitieran. Misteriosamente, a su vuelta a Paula se sintió asumida por una gran tranquilidad y una certeza de que había sido escuchada; a par-

tir de entonces el niño se fue curando, quedándole tan sólo una pequeña cicatriz como testimonio del hecho, hasta el final de su vida.

Un peculiar modo de vivir

Cuando Francisco tenía aproximadamente 13 años, Vienna creyó que ya estaba en condiciones de ser entregado al servicio de Dios y lo presentó en el convento franciscano de San Marco Argentano. El muchacho, muy adelantado en la práctica de oraciones y penitencias a causa de la formación recibida de sus piadosos padres, encontraría junto a los frailes menores los primeros destellos de una extraordinaria vocación. Los religiosos imaginaban que sería un excelente miembro de su Orden; sin embargo, Dios lo llamaba a luchar en otros frentes.

Concluido el año como oblato, Francisco regresó al hogar de su infancia, pero poco después se marcharía nuevamente, acompañado por sus padres, para realizar una larga peregrinación cuyo itinerario pasaría por Roma, Asís, Loreto, Montelucio y Montecasinio. En ese viaje fue cuan-

do discernió, finalmente, su peculiar misión. Volvería a Paula, pero no a la casa paterna; su morada serían las grutas de los alrededores, donde viviría como ermitaño.

Ataviado con un costal y ceñido con una cuerda basta, el joven anacoreta iniciaba así el período de retiro espiritual en el cual Dios le forjaría su alma para las luchas que le sobrevendrían en el futuro. Su ejemplo no tardó en atraer a otras vocaciones: al cabo de unos cinco años surgieron en las cercanías de Paula numerosas cabañas habitadas por ascetas que se conformaron a la regla de vida establecida por el virtuoso hombre de Dios y seguían sus consejos.

En poco tiempo, los «ermitaños de fray Francisco», como eran llamados por el pueblo, inspiraron la creación de nuevas comunidades en el entonces reino de Nápoles y la fama del eremita empezó a extenderse por toda Europa.

La constitución de la Orden de los Mínimos, sin embargo, no se realizaría sin obstáculos. En 1467, al tomar conocimiento del curioso estilo de vida que llevaban esos religiosos, el Papa Pablo II envió a Mons. Baldassare de Gutrossis a Calabria como legado suyo.

Al llegar al agreste lugar donde habitaba el santo, el prelado le pidió au-

diencia, la cual fue prontamente concedida. Entonces le comunicó que el modo de vivir que les había impuesto a sus discípulos «no era compatible con la debilidad de nuestra naturaleza» y que, por tanto, «está desaprobado por las personas más prudentes»¹ de la época. Concluyó su exposición afirmando que debería modificar el proceder de sus seguidores. Francisco, silencioso, se limitó a acercarse al brasero junto al cual ambos se calentaban y, cogiendo con sus propias manos un puñado de carbones ardientes, le contestó: «Ved, monseñor, ¡para los que aman a Dios todo es posible!».

El prelado se despidió atónito, besándole la túnica al taumaturgo. Antes de retornar a Roma, procuró a algunas personas que conocían de cerca y desde hace mucho tiempo a

*Dios quiso colmar
la reluciente virtud
de Francisco, que
atraía a multitudes,
con el don de
realizar milagros*

San Francisco y sus compañeros con el fin de escuchar lo que tuvieran que decirle. Los testimonios dieron en una abundante documentación a favor de los religiosos, lo cual satisfizo al pontífice, despejando así sus preocupaciones. No obstante, como vino a fallecer unos años más tarde, le correspondió a su sucesor, Sixto IV, conceder la aprobación de la congregación, en 1474.

Posteriormente, el santo fundador se esforzó por elaborar una Regla que rigiera su Orden a lo largo de los siglos. La escribió en medio de muchas oraciones y penitencias, dejando bien trazado el estilo de vida de «perpetua Cuaresma» que define el carisma de los Mínimos. Fue definitivamente aprobada en 1506 por el Papa Julio II.

La creciente expansión de la Orden enseguida hizo necesaria la constitución de una rama femenina y otra de terciarios.

Insólito taumaturgo, ejemplo de humildad

Como si la reluciente virtud de Francisco no bastara para atraer a las multitudes, Dios quiso colmarlo con el don de realizar milagros.

En poco tiempo se volvió conocido ese singular carisma, el cual siempre ejercía con pintoresca simplicidad: ora pasaba ileso por las llamas,



Fotos: Gustavo Krahl

Escenas de la vida de San Francisco de Paula: a la izquierda, salvado del incendio ocurrido durante la construcción de su convento; a la derecha, atravesando sobre su manto el estrecho de Mesina - Museos Vaticanos. En la página anterior, San Francisco de Paula - Palazzo Abatellis, Palermo (Italia)

a fin de arreglar un horno; ora hacía que surgiera fuego cuando necesitaba encender una lámpara. En una ocasión, unos obreros le robaron un cordero de su propiedad para asarlo y no dudó en rescatarlo intacto del horno; en otra, le ofrecieron unos peces y educadamente respondió que no los quería y los lanzó al agua, haciendo que volvieran a la vida...

Naturalmente tan prodigioso poder, aunque usado con humildad, no tardó en suscitar envidias. Un sacerdote de nombre Antonio Scozzetta comenzó a denigrarlo desde el púlpito y, no contento con eso, se dirigió a su celda para encararse con él. Francisco lo acogió serenamente y escuchó su descompostura; después fue hasta el brasero, cogió unas ascuas y se las acercó al visitante diciéndole: «Por caridad, mi buen padre, caliéntate porque debes sentir mucho frío. Por lo demás, nada podrá impedir que se cumpla la voluntad de Dios».² Aterrorizado por el fuego que subía de las manos del ermitaño, su detractor no tuvo otra respuesta que arrodillarse, besarle los pies y pedirle perdón.

Estos prodigios, sumados a las numerosas curaciones de paralíticos, leprosos, ciegos, sordos y mudos, así como a las resurrecciones y los exorcismos, hicieron que algunos potentados quisieran tenerlo junto a ellos. Fray Francisco debería dirigirse en adelante a la corte para dar continuidad a su apostolado.

La voz de Dios resuena en las cortes

A diferencia de tantos otros, él no se dejaría tiznar en nada por el ambiente mundano de los palacios; al contrario, como un nuevo Juan el Bautista, sería la propia voz de Dios clamando en las conciencias.

Cuando Francisco llegó a la corte del rey Fernando I de Nápoles, en 1482, enseguida el monarca intentó mitigar sus censuras comprándolo con obsequios. Cierta día, le ofreció

una bandeja de plata repleta de monedas de oro para que el hombre de Dios edificara un convento, a lo cual le respondió el santo: «Majestad, vuestro pueblo vive oprimido; el descontento es general; la adulación de los cortesanos impide que los gritos de tantas desgracias lleguen a vuestro augusto trono. Acordaos, majestad, que Dios ha puesto el cetro en vuestras manos para procurar la felicidad y bienestar de los vasallos y no para satisfacer vuestras ansias desmesuradas de orgullo y vanidad. ¿O creéis, por ventura, que no existe el Infierno para los que mandan?»³

Y con firmeza le exhortó: «Os suplico, majestad, que enmendéis inmediatamente vuestra conducta y

«La vida de los reyes, como la de cualquiera de sus vasallos, está en manos de Dios. Poned en orden vuestra conciencia y vuestro Estado»

mejoréis vuestro gobierno. Si no restablecéis el orden, la paz y la justicia en vuestro pueblo —debo deciros de parte de Dios— vuestro trono se derrumbará y vuestra estirpe en poco tiempo se extinguirá».⁴

Para confirmar sus palabras, el santo cogió una de aquellas monedas de oro, la rompió e hizo que de ella brotara sangre. Luego le amonestó: «¡He aquí, majestad, la sangre de vuestros súbditos que clama venganza ante Dios!».⁵ Al parecer, el hecho no fue suficiente para cambiar el impío corazón del rey, cuyo linaje se extinguió aún en vida de San Francisco.

El milagro que nadie esperaba

Distinta fue la reacción de otro soberano, Luis XI de Francia, el cual, desesperado ante la perspectiva de su muerte, le imploró al santo varón que lo curara. Por mandato del Papa, Francisco se dirigió hacia allí en 1483. Le organizaron un apoteósico cortejo de bienvenida, pero el ermitaño ingresó en el país con la mirada baja y, al llegar al palacio real, eligió de aposento una cabaña que se encontraba allí cerca.

—¡Prolongad mi vida, padre! —le suplicó, emocionado, el rey.

—La vida de los reyes, majestad —le contestó San Francisco—, como la de cualquiera de sus vasallos, está en manos de Dios. Poned en orden vuestra conciencia y vuestro Estado.

Un gran milagro comenzó a obrarse, mayor que una curación, mayor incluso que una resurrección. El monarca, que durante largos años había vivido lejos del temor de Dios, se reconcilió con el Creador y le entregó su espíritu el 30 de agosto de 1483, rogando: «Virgen Santísima, mi buena Madre, ¡ayudadme!». Su expiración tuvo lugar un sábado, como lo había profetizado el santo, garantizándole que estaría, así, protegido por Nuestra Señora.

Sustentáculo de la fidelidad de Santa Juana de Valois

El Ermitaño de Paula permaneció todavía en Francia como influente consejero durante la regencia de Ana, hija de Luis XI, y en el reinado de Carlos VII. También orientó en algunos asuntos al rey de España, Fernando el Católico, sobre todo en lo concerniente a las guerras de la Reconquista y a la expansión de la fe en el Nuevo Mundo.

No obstante, aún habría de realizar una última y gloriosa obra en las tierras de la *Hija primogénita de la Iglesia*: sustentar la fidelidad de la princesa Juana de Valois, «la hija no amada de Luis XI y la esposa despreciada

de Luis XII, fundadora de la Orden de la Anunciación». ⁶ San Francisco de Paula fue «consejero, iluminado, amigo fiel, ángel del consuelo» ⁷ para esta alma templada desde su infancia por la prueba, cuyos méritos ante Dios se volverían evidentes el domingo de Pentecostés de 1950, al ser proclamada Santa Juana de Francia por Pío XII.

Una profecía divisoria de aguas

La figura de este incomparable varón de Dios no se entendería bien si dejáramos de mencionar, por último, el eminente don de profecía con el que fue agraciado.

Quizá la más famosa de esas profecías sea la contendida en una serie de cartas fechadas entre los años 1482 y 1496, en las que el santo narra a un tal Simón de la Limena, bienhechor de la Orden de los Mínimos, lo que la Providencia le había revelado sobre una misteriosa congregación, la de los Santos Crucíferos de Jesucristo, que surgiría en tiempos futuros. Se trata, dice San Francisco, de «una nueva Orden religiosa, muy necesaria, la cual dará más frutos al mundo que todas las otras juntas». ⁸

Sobre ella exclama el fundador de los Mínimos:

«Oh Santos Crucíferos elegidos por el Altísimo, ¡cuán agradecidos estaréis al gran Dios!, mucho más que lo fue el pueblo de Israel. [...] ¡Oh gente santa! ¡Oh gente bendita por la Santísima Trinidad! Vencedor se llamará su fundador, porque vencerá al mundo, a la carne y al demonio». ⁹

«Viva Jesucristo bendito, ya que se ha dignado en darme a mí, indigno y pobre pecador, el espíritu profético, con muy claras profecías y no



San Francisco de Paula - Santuario de Santa María de la Victoria, Málaga (España)

*«¡Oh gente santa!
¡Oh gente bendita
por la Santísima
Trinidad! Vencedor se
llamará su fundador,
porque vencerá al
mundo, a la carne
y al demonio»*

oscuras como les hizo escribir y decir a otros siervos suyos. Sé que incredulos y réprobos ridiculizarán mis cartas y las rechazarán, pero serán recibidas por las fieles almas católicas que aspiran al santo Paraíso. [...] En estas cartas se conocerá quién es de Jesucristo bendito y quién no lo es, quién está predestinado y quién es réprobo». ¹⁰

Una estela de luz que el tiempo jamás apagará

La Cuaresma de 1507 vino a anunciarle al santo su encuentro con Dios. Al sentir que ya iba perdiendo las fuerzas, les recomendó a sus hijos la fidelidad a la Regla y les dio aún una última muestra de humildad: hizo hincapié en lavarles los pies el Jueves Santo.

El Viernes Santo, 2 de abril, se encomendó al Redentor y a su Madre Santísima, a los cuales le rindió su alma a la diez de la mañana. Dejaba atrás 91 años de incontables ejemplos de virtud, y treinta y tres conventos fundados en cuatro naciones de Europa.

Tras su muerte, San Francisco continuó haciendo milagros y obtuvo, en cierto modo, algo que había deseado mucho en vida: el martirio. En 1562 cincuenta y cinco años después de su entrada en el Cielo, los hugonotes invadieron el convento de Plessis, donde se encontraba su cuerpo incorrupto, y le prendieron fuego sin piedad. Solamente se pudieron rescatar algunos huesos.

No obstante, el haz de luz que el santo fundador de los Mínimos lanzó sobre el futuro jamás lo conseguirán apagar ni el tiempo ni el odio de los infieles. ✧

¹ CASTIGLIONE, OM, Antonio. *San Francesco di Paola: Vita illustrata*. 4.ª ed. Paola: Publiepa, 1989, p. 119.

² Ídem, p. 95.

³ POBLADURA, OFM, Melchor de. San Francisco de

Paula. In: ECHEVERRÍA, Lamberto de; LLORCA, SJ, Bernardino; REPETTO BETES, José Luis (Org.). *Año Cristiano*. Madrid: BAC, 2003, v. IV, p. 19.

⁴ CASTIGLIONE, op. cit., p. 159.

⁵ Ídem, ibídem.

⁶ POBLADURA, op. cit., p. 21.

⁷ Ídem, ibídem.

⁸ SAN FRANCISCO DE PAULA. *Carta a Simón de la Limena*, 13/1/1489.

⁹ SAN FRANCISCO DE PAULA. *Carta a Simón de la Limena*, 7/3/1495.

¹⁰ SAN FRANCISCO DE PAULA. *Carta a Simón de la Limena*, 13/8/1496.



Dario Iallorezzi

Maestros que nos enseñan a ver y oír lo sobrenatural

Tras el pecado original, nuestra capacidad de relación con el mundo espiritual ha de ser «despertada» y «educada» por los ángeles. Ellos nos ayudan a suplir nuestra deficiencia y a aprender un «lenguaje» superior.



Hna. Cecilia Grasielle Ramos Levermann, EP

¿Cómo será la experiencia por la que pasa alguien que nunca ha tenido el sentido de la vista? ¿O la de la persona cuyo oído jamás detectó ningún sonido y que, en consecuencia, no es capaz de comunicarse fluidamente con el prójimo? ¿Usted, lector, ya se ha puesto ante esa perspectiva?

Ahora bien, nosotros nos encontramos en una situación análoga... ¿Análoga? Sí, y no dudo en decir que peor aún, pues la ceguera, la sordera y la mudéz que padecemos son más perjudiciales todavía al oponerse violentamente a nuestra naturaleza.

Compuesto de cuerpo y alma, «el hombre ocupa un lugar único en la Creación», ya que «en su propia naturaleza une el mundo espiritual y el mundo material»,¹ los cuales en él son elevados a la participación en la vida divina por la gracia. Esa armoniosa síntesis, no obstante, se vio truncada tras el pecado original, que

estableció una lucha entre el espíritu y la carne (cf. Rom 8, 23), dejándonos ciegos para lo sobrenatural, sordos a la voz del Cielo y enmudecidos en la comunicación con el Altísimo... ¿Cómo remediar tal desastre?

La historia de una estadounidense del siglo pasado podrá ayudarnos a entender mejor las consecuencias de ese «bloqueo», así como el «remedio» preparado con antelación por la Providencia divina para que los hombres recuperen de alguna manera la primitiva alianza entre el mundo material y el espiritual.

Sepultada en la soledad

Helen Adams Keller nació el 27 de junio de 1880 en Tuscumbia, Alabama. Sus primeros dieciocho meses de vida fueron los de una niña enteramente normal, hasta que una «fiebre cerebral», diagnóstico que le dieron los médicos por entonces, la privó irremediabilmente de los sentidos de

la vista y del oído, haciendo que se desarrollara aislada del mundo exterior.

Helen estaba acostumbrada al silencio y a las tinieblas, hasta el punto de pensar que toda la gente vivía de igual modo. Sin embargo, esa idea no la dejaba exenta de profundos enfados e insatisfacciones, incluso siendo aún muy pequeña, incapaz de comprender la sensación de vacío en el fondo de su alma.

Al poseer una inteligencia inusual, Helen empezó a notar que había una diferencia entre ella y los demás. Sobre esto narraría posteriormente: «Me ocurría a menudo el quedarme entre dos personas que conversaban y, palpándolas, al impulso de una necesidad interior, llegué a descubrir que movían los labios. Así acabé dándome cuenta de que disponían de un medio de comunicación que me era extraño. Me molestaba no poder entenderlas. Comencé también, por mi parte, a mover los labios gesticulando frené-

ticamente, sin obtener ningún resultado. Estos fracasos me ponían en un estado de cólera terrible: patealeaba y gritaba de rabia, hasta quedarme completamente agotada».²

Una maestra da sentido a la vida de la niña

Preocupados por el estrés y la agresividad de su hija, sus padres, Arthur Keller y Kate Adams, buscaron a alguien capaz de «domar» a la niña y dieron con la profesora Anne Sullivan. Con tan sólo 20 años y con una discapacidad visual graduada, la joven acababa de salir de la misma escuela en la que había sido educada Laura Bridgman, famosa sordociega cuyo ejemplo de vida le dio esperanzas al matrimonio.

El 3 de marzo de 1887 para Helen fue, por tanto, el día «más memorable de su vida».³ A partir de entonces, con perseverancia y esmero infatigables por parte de su maestra, la niña sería educada para aprender a superar sus deficiencias y conquistar metas que nadie osaría imaginar. Sobre su querida instructora comentaría: más que «levantar el velo tiránico que me ocultaba todas las cosas bellas del mundo, [...] me amaría con el amor más santo, la ternura más concentrada y la dedicación más profunda que nadie haya tenido por otro en esta tierra».⁴

Así, bajo la dirección cotidiana de la Srta. Sullivan, Helen logró, con el tiempo, vencer de manera increíble sus incapacidades sensitivas y desarrollar casi todas las facultades de un ser humano corriente.

Cierto día, al pasear por el jardín, Anne llevó a su aprendiz junto al pozo y accionó la bomba para que el agua chorreara en la taza que tenía la pequeña. Cuando el líquido empezó a rebosarle sobre su mano escribió repetidamente en la palma de la otra mano la palabra «agua». Esto despertó en la niña el nexo entre el

elemento fresco y el gesto sobre su mano, formando en su mente el concepto de agua.

A través de este método, durante años Anne Sullivan fue abriendo ante Helen un nuevo panorama en relación con el mundo; y por la entera confianza que la ciega y sordomuda poseía en su preceptora desarrolló rápidamente importantes conocimientos.

«Cuanto más conocía las cosas, más contenta estaba de vivir»,⁵ afirma Helen. Poco más tarde aprendió a hablar, palpando los labios y la lengua de su instructora, asimilando los



Helen Keller fotografiada en 1899 con su profesora, Anne Sullivan. En la página anterior, Ángel de la guarda - Basílica de Nuestra Señora de Buenos Aires (Argentina)

«Mi maestra constituye tanta cosa para mí que es difícil separar su personalidad de la mía»

movimientos y produciendo vibraciones similares. Así, dominó no solamente el inglés, su idioma vernáculo, sino también el alemán y el francés, con bastante soltura. Y aunque su entonación vocal fuera un poco ronca y seca, debido a la nula experiencia auditiva, su pronunciación del alemán era excelente; mientras que el francés lo hablaba de forma más inteligible que el propio inglés.

Leía cantidad de libros en braille y llegó a escribir varias obras, del tamaño de enciclopedias, en una máquina específica para ciegos, con mucha perfección y agilidad.⁶

Dedicación de la profesora, confianza de la alumna

A Helen sólo le fue posible realizar todo esto porque se dejó guiar por la meticulosa e infatigable diligencia de una persona que participaba plenamente de un mundo hasta entonces incognoscible para ella. De esa manera, Anne Sullivan pudo traducir el universo a las limitaciones de su alumna, haciéndolo visible a su ceguera, perceptible a su sordera e interlocutor de su mudez.

La confianza, la gratitud y el reconocimiento a la Srta. Sullivan lo deja claro en su autobiografía: «Mi maestra constituye tanta cosa para mí que es difícil separar su personalidad de la mía. Nunca seré capaz de determinar hasta qué punto el amor a

lo bello me es innato y hasta qué punto se lo debo a sus sabios incentivos. Siento que soy de ella y sigo sus huellas. Le debo lo mejor de lo que soy: no hay en mí talento, inspiración o alegría que no hubiera brotado del contacto de su amistad».⁷

Un ángel que nos «educa» para lo sobrenatural

Como ocurrió con Helen antes de la llegada de la Prof.^a Anne, la tentativa de llenar por nosotros mismos

el vacío de nuestra alma nos trae siempre insatisfacciones tediosas y molestas.

Al vernos presos en nuestra propia insuficiencia, sofocados por dramas y aflicciones que cada día se lanzan sobre nosotros, tenemos que reconocernos necesitados de un auxilio que nos una a lo sobrenatural. Y esa asistencia nadie nos la puede prestar de manera más eficaz que nuestro buen ángel de la guarda.

Una porción de modos de ver, sentir y entender, que uno contrae a causa del pecado, son rectificadas por la simple presencia del ángel; una porción de preconceitos y modos de pensar errados, los remueve su acción, de manera a convertir la batalla por la santificación mucho más viable, mucho menos llena de *impasses*, trampas y sorpresas de lo que es normalmente.

Al asignarlo como nuestro custodio, Dios nos otorga un guardián, un tutor y un amigo, responsable por nuestra salvación. Nos acompañará en todo momento, protegiéndonos, guiándonos y uniéndonos al Cielo.⁸ Dios lo creó teniendo en mente al hombre del cual aquel espíritu angélico cuidaría, y por eso se estableció entre ambos —protector y protegido— una consonancia muy grande, mejor dicho, única.

Ahora bien, cuántas veces no nos olvidamos de estos nuestros mejores amigos, actuando con mal humor frente a sus inspiraciones y prefiriendo oír nuestras apetencias carnales

a moldarnos a la sublime disposición de espíritu a la que ellos nos llaman... Sin embargo, como arquetípicos «Sullivan», jamás desisten de conquistar nuestra confianza y amistad; al contrario, se desdoblan constantemente en cuidados para con nosotros.

Recordemos las palabras de Helen sobre su maestra y veremos cuán aplicables son a nuestros custodios: «[Nos aman] con el amor más santo, la ternura más concentrada y la dedicación más profunda que nadie haya tenido por otro». Uno de sus mayores deseos es tener plena libertad de acción junto a nosotros, lo cual sólo lo

obtienen con nuestro consentimiento y colaboración.

Debemos, por tanto, serles fieles y dóciles, recurriendo siempre a ellos en todos los momentos. Nuestra capacidad de relación con lo sobrenatural ha de ser «despertada» y «educada» por nuestros ángeles. Para aprender el «lenguaje» del mundo superior tenemos que, por así decirlo, utilizar ese «tacto» para suplir la deficiencia de los sentidos afectados por el pecado original.

¡Dejémonos guiar por nuestros ángeles!

Una vez abiertos a la saludable acción de nuestro guardián celestial, éste hará que nuestras almas se vuelvan receptáculos de gracias. Además, pulirá nuestros sentidos sobrenaturales, haciéndolos agudos a la percepción de los designios de Dios y permitiéndonos analizar todo lo que pasa a nuestro alrededor según la vista de la sabiduría.

Para ello, recojámonos y pidamos el socorro de nuestro protector angélico, que presurosamente se pondrá a nuestro lado para atendernos y liberarnos de las amarras terrenas y de las trampas infernales, elevando nuestras mentes y corazones a lo alto.

Confiemos en nuestros queridos amigos. Así, al contemplar nuestra andadura en esta tierra y llegados al final de la ardua batalla de la vida, conviviremos con ellos, sin velos, por toda la eternidad. ✧

Nuestra capacidad de relación con lo sobrenatural ha de ser «despertada» y «educada» por nuestros ángeles de la guarda



Detalle de El Juicio final, por Fra Angélico
Museo Nacional de San Marcos, Florencia

¹ CCE 355.

² KELLER, Helen; MACY, John (Coord.). *A história de minha vida*. 2.ª ed. Rio de Janeiro: José Olympio, 1940, p. 17.

³ Ídem, p. 28.

⁴ Ídem, p. 29.

⁵ Ídem, p. 32.

⁶ Cf. Ídem, p. 186.

⁷ Ídem, pp. 45-46.

⁸ Sobre los innumerables beneficios de orden espiritual y corporal que los ángeles de la guarda derraman sobre sus

custodiados, el lector los podrá encontrar, por ejemplo, en: ROYO MARÍN, OP, Antonio. *Dios y su Obra*. Madrid: BAC, 1963, pp. 412-413.



Una Pascua portuguesa, ¡sin duda!

Entre almendras dulces, preparadas con chocolate, licor y azúcar de diversos colores, hay un elemento muy atractivo que, por su especial sabor y simbolismo, nunca es rechazado por los visitantes: el Folar da Páscoa.



Hna. María Susana Moreira Carneiro, EP

Es el día de la Pascua. Se escucha el repique de campanas de lo alto de las torres y espadañas de las iglesias y el vibrante resonar de las campanillas que anuncian la Resurrección del Señor.

De entre las variadas costumbres con que los distintos pueblos la celebran, destaca una tradición portuguesa conocida como *Compasso Pascual*.

Una tradicional procesión portuguesa

La palabra «*compasso*» no es más que una forma abreviada de la expresión latina «*Crux cum passo Domini*»

que significa «la cruz en la que padeció el Señor». Da nombre a una tradición que consiste en una visita hecha por el párroco a los hogares en el período pascual, llevando un crucifijo para bendecir a las familias. Se trata de una costumbre antiquísima que se remonta a la Edad Media, según consta en un documento de 1357, conservado en Coímbra.¹

A la cabecera del *Compasso* va el sacerdote o, en su defecto, un acólito con la cruz procesional de la parroquia, que ese día está adornado con flores y cintas blancas que simbolizan las alegrías de la Resurrección. Le sigue otro ministro con la «*caldeirinha*»

(pequeño caldero de metal) que contiene el agua bendita con la que se aspergerán las casas y luego uno o varios, con campanas y campanillas, cuyo rimbombe en las calles y plazas invita a las familias de fe a abrir las puertas de sus hogares y de sus corazones a aquel que se ofreció por nosotros en el leño de la cruz.

El cortejo de capas púrpuras y blancas entra en cada casa, provocando un verdadero escalofrío de emoción al anunciar: «El Señor ha resucitado, ¡aleluya, aleluya!». A continuación, los miembros de la familia son invitados a venerar a Cristo crucificado, al que besan con gran devo-



A la izquierda, procesión del Compasso en la aldea de Lustosa, Oporto; a la derecha, los heraldos reciben el Compasso en su casa de Sameiro, Braga

*El «Compasso»
consiste en una
visita hecha por el
párroco a los hogares
llevando un crucifijo
para bendecir a
las familias*

ción. No es extraño que algunos de ellos hayan venido de lejos, desde los distintos «Portugales», para unirse al patriarca de la familia y con él participar en este rito anual.

Bellas y sabrosas iguarias

En la despedida, el dueño de la casa, además de darles una limosna para la Iglesia, les obsequia a los valientes mensajeros con algo de su vistosa mesa. Entre las almendras dulces, preparadas con chocolate, licor y azúcar de diversos colores, hay un elemento muy atractivo que, por su especial sabor y simbolismo, nunca es rechazado por los visitantes: el Folar da Páscoa.

Inicialmente llamado *folore*, con el paso del tiempo quedó conocido como *folar*, nombre que conserva hasta hoy. Forma parte de la tradicional gastronomía portuguesa y existen numerosas variantes de su receta extendidas por los dieciocho distritos y once islas del país. Puede ser dulce o salado, llevar especias, jamón o queso... Pero hay un ingrediente característico que nunca falta: los huevos cocidos colocados enteros dentro de la masa.

¿Cómo surgió tal idea?

Entre la leyenda y la historia

El origen de esta tradición multiseccular llegó hasta nosotros a través de una leyenda. Se cuenta que Mariana, una joven que se sentía llamada a formar una familia, le rezó a Santa Catalina de Alejandría para encontrar un buen esposo católico, que fuera del agrado de Dios. Rogaba con tanta fe que apareció no uno, sino dos jóvenes que le pidieron su mano en matrimonio: un noble hidalgo y un honesto labrador, de nombre Amaro. Después de hablar por separado con cada uno, acordaron que ella tomaría una decisión antes del Domingo de Ramos.

Sin embargo, previo al plazo estipulado, la joven se enteró de que había empezado una pelea entre los pretendientes y se dirigió al lugar de

la disputa. Al llegar, gritó el nombre de Amaro a fin de socorrerlo, con lo que dejó clara cuál había sido su decisión: el labrador era el novio elegido. No obstante, el día de la Pascua, habiendo ya sido fijado el casamiento, Mariana andaba muy angustiada: le llegó a sus oídos el rumor de que el hidalgo aparecería en la boda para asesinar a su futuro esposo.

Una vez más, recurrió a Santa Catalina. Se dirigió hasta el altar dedicado a ella, hizo su súplica y dejó al pie de la imagen un ramo de flores. ¡Cuál



Santa Catalina de Alejandría - Museo de Bellas Artes, Valencia (España)

Una antigua leyenda cuenta cómo nació la costumbre de preparar esta iguaria, tal como había sido ofrecida por Santa Catalina, como símbolo de la unión cristiana

no sería su contento al ver que su protectora le sonreía! Regresó a su casa confiada y se topó con una nueva sorpresa: en la mesa había un enorme bollo, hecho con huevos enteros y rodeado de flores, las mismas que había dejado en el altar!

Inmediatamente fue en busca de Amaro para contarle lo sucedido y constató con asombro que él había recibido un bollo similar... Ambos creyeron que se trataba de una actitud conciliadora del hidalgo y fueron a su casa para agradecerse. Sin embargo, descubrieron que ¡él también había recibido el mismo bollo! Mariana percibió entonces que Santa Catalina de Alejandría se había valido de esa estratagema para restablecer la concordia y la amistad el día de la Santa Pascua.

Símbolo de la unión y la armonía cristianas

Así surgió la costumbre de preparar esta iguaria, tal como había sido ofrecida por Santa Catalina, como símbolo de la unión cristiana. Y cuando los ahijados, siguiendo otra antigua tradición, obsequiaban a sus madrinas de Bautismo con ramos de violeta el día de la Resurrección del Señor, ellas se lo retribuían con un *folar*.

Estas costumbres singulares se perpetúan hasta los días actuales como fruto de la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, cuyas cinco llagas están presentes en el origen del reino de Portugal.

Así pues, invitamos a nuestros queridos lectores a participar de las bendiciones pascuales elaborando en sus casas un *folar*. Y deseamos que sus familias puedan también disfrutar de esta delicia que tanto evoca la verdadera bienquerencia y armonía que debe existir entre los hijos de la Santa Iglesia Católica. ✧

¹ Cf. COELHO DIAS, Geraldo J. A. Origem medieval do Compasso - Visita Pascal. In: *Lusitania Sacra*. Lisboa. N.º 4 (1992); p. 90.

Receta del Folar da Páscoa



María Luisa Brito

Ingredientes

500 g de harina / 10 g de levadura de panadero / 50 ml de leche templada / 1 pizca de sal / 100 g de azúcar / 75 g de mantequilla / 3 huevos / raspadura de naranja / 1 cucharilla (café) de canela en polvo / 20 ml de *brandy* / 4 huevos cocidos en agua con cáscaras de cebolla.

Preparación

Ponga un poco de leche templada en un recipiente pequeño, añada la levadura junto con dos cucharas de harina y mézclelo bien. Deje reposar diez minutos.

Pase la leche con la levadura a un recipiente más grande, agregue la harina, la sal, el azúcar, la mantequilla, dos huevos crudos, la raspadura de naranja, la canela y el *brandy*. Bátalo todo, añadiendo poco a poco el resto de la leche, hasta que la masa quede homogénea.

Coloque la masa sobre una superficie enharinada, espolvoree más harina y continúe amasando hasta que quede esponjosa, elástica y se despegue fácilmente de la mesa. Durante el

proceso, espolvoree con harina siempre que sea necesario. Deje que la masa fermente en algún lugar caliente hasta que doble su tamaño.

Separe una pequeña cantidad de la masa para los detalles finales y ponga el resto en una bandeja de hornear, untada con mantequilla y enharinada, en forma de bola achatada. Inserte los huevos duros de manera que queden bien sujetos. Con la porción de la masa que se había reservado, haga dos largas tiras y colóquelas en la parte superior del bollo en forma de cruz. Bata el huevo que sobró en un tazón pequeño, unte la masa con él y póngalo en el horno durante unos treinta minutos hasta que se dore.

Amparados por la protección de una madre celestial

A lo largo de los cincuenta y dos años transcurridos desde su marcha hacia la eternidad, Dña. Lucilia ha perfeccionado la manifestación del cariño maternal que la caracterizó en su vida terrena, derramando numerosas gracias a todos los que recurren a su bondadosa e infalible intercesión.



Elizabete Fátima Talarico Astorino

Aquella que en la mañana del 21 de abril de 1968 durmió en el Señor, mientras hacía una serena y majestuosa señal de la cruz, recibió por misión en la vida eterna hacerles a los hombres más compresible la bondad del Sagrado Corazón de Jesús.

Los variados auxilios que esta noble y generosa dama había prestado, mientras aún estaba en la tierra, a personas que pasaban por dificultades extremas se han multiplicado desde que adentró en la eternidad. Las caricias hechas al prójimo necesitado se han vuelto más sobrenaturales e intensas.

Esto es lo que podemos comprobar a través de los numerosos relatos recibidos de sus devotos que, habiendo sido beneficiados por ella, desean difundir el poder de su maternal y eficaz intercesión.

Vehículo retenido, cliente a la espera

Habiendo consagrado su empresa de transportes a la protección de Dña. Lucilia al denominarla con las

iniciales «LCO», Jorge Zaghi se habituó a recurrir a su intercesora en todas sus necesidades. Cierta día, uno de sus vehículos, que llevaba mercancía de urgencia para uno de sus principales clientes, fue inmovilizado en un control policial. Encima, le sobrevino un imprevisto más que le trajo gran preocupación:

«Como el descuidado conductor circulaba sin una de las necesarias placas de identificación, el vehículo quedó retenido en el patio de la comisaría. Entonces nos dirigimos al lugar para tratar de que lo liberaran,

pero el día no podía ser más complicado. Era un viernes por la tarde y la víspera de un puente...

«El tiempo corría, el cliente reclamaba su mercancía y no veíamos salida posible. No hacer la entrega y dejar el vehículo en el patio durante todas esos días festivos era algo que no podía ocurrir de ninguna manera. Sería una tragedia. Sin embargo, caminábamos hacia ese desenlace».

Como era prácticamente imposible conseguir una nueva placa en aquel momento, el Sr. Zaghi decidió poner el caso en manos de su protectora:

«En medio de este cuadro de tensión, inquietud y ya de desánimo, me acordé de recurrir a Dña. Lucilia, para pedirle que interviniera de alguna forma y me diera una salida, una solución».

Para su sorpresa, no tardó mucho para que esa bondadosa señora resolviera el problema: «Deambulando un poco por el patio me fijo que al pie de un árbol había una placa naranja con la numeración exacta del producto

Los que han sido beneficiados por las caricias de Dña. Lucilia desean difundir el poder de su maternal y eficaz intercesión

que estaba en el camión. ¡Era la placa que necesitaba!».

Así pues, mucho antes de lo que imaginaba, la contrariedad se había solucionado y enseguida pudieron efectuar la entrega: «Colocamos la placa en el vehículo, llamamos al policía, pasamos la revista y nos dejaron salir. Esto ocurrió ya al final de la tarde, pero aún fue posible concluir la entrega a tiempo y encerrar el drama».

El salario del mes tirado literalmente a la basura...

Rosângela Felde, de Curitiba (Brasil), tras oír decir que Dña. Lucília «atendía con inefable maternidad a aquellos que a ella le rezaban pidiendo su intercesión ante Dios», también decidió recurrir a ella y hoy nos escribe para contarnos la gracia obtenida.

Como administradora de los gastos del hogar recibía a principios de cada mes el salario que le traía su cónyuge, quien trabajaba en tres empleos para conseguir suplir las necesidades de la familia. Cierta día tuvo que ausentarse un momento de casa y dejó el dinero sobre la tabla de planchar envuelto en un papel un poco deslucido; entonces su marido pasó por ahí y pensó que se trataba de algo para la basura y tiró el paquete...

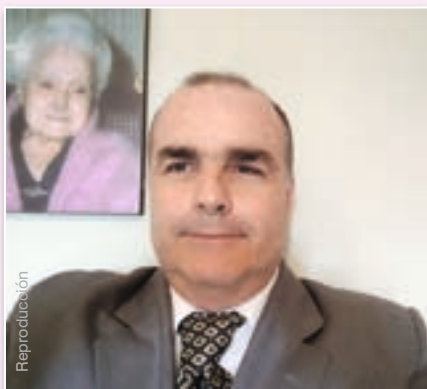
Cuando se dio cuenta de que había desaparecido, Rosângela se puso a buscarlo por toda la casa. Por la noche, cuando su esposo volvió del trabajo le preguntó si había visto el dinero, pero, al principio, no supo qué decirle.

Después de un tiempo de conversación, el matrimonio cayó en la cuenta de lo que había sucedido: todo el dinero del mes se había ido literalmente a la basura... Y, para empeorar la situación, ya había sido recogida ese día. Esto no solamente perjudicaba financieramente a la familia, sino que creaba un desagradable estado de tensión entre los esposos.

En esa coyuntura Rosângela se acordó de haber oído comentarios sobre la elevada virtud de Dña. Lucília, cuya extremosa bondad la llevaba a compadecerse de las personas afligidas y necesitadas. Le rezó y le prometió que, en el caso de ser atendida, realizaría alguna obra pia-dosa como forma de agradecimiento.

Un pequeño objeto encontrado en medio del caos

A la mañana siguiente, Rosângela fue a la oficina de la empresa que se ocupa de la recogida de basura para que le informaran acerca del camión que había pasado por su calle. Le dijeron que el material había sido llevado al vertedero de reciclaje, de modo que sería imposible encontrar lo que andaba buscando... Aún así, se dirigió hacia allí, segura de que Dña. Lucília resolvería el caso.



Jorge Zaghi

«Deambulando un poco por el patio me fijo que al pie de un árbol había una placa naranja... ¡Era la que necesitaba!»

Ya en el lugar, conversando con el responsable, éste lamentó no poder ayudarla, pues era imposible hallar un pequeño paquete en medio de la basura de toda la región metropolitana. Además, por razones de seguridad y salubridad no estaba permitida la entrada de personas en aquel inmenso montón de desechos. Tan sólo la llevó para que viera el sitio donde llegaban y se procesaban los residuos, a fin de convencerla de que desistiera de su búsqueda.

Pero, de repente, para asombro de todos, mientras aún hablaba con el encargado, Rosângela vio el paquete que contenía todo el dinero de su familia pasando delante de sus ojos en una enorme cinta transportadora en dirección a la zona de procesamiento. Sin mayores formalidades, fue hasta allí y cogió lo que quería.

Todos los empleados se quedaron atónitos, pues nunca habían visto nada igual. Era impensable encontrar un objeto de dimensiones tan pequeñas en medio del caos de aquellas instalaciones.

El hecho marcó mucho a toda la familia, que pudo confirmar cómo Dña. Lucília estaba dispuesta a atenderlos, resolviendo un caso aparentemente insoluble.

La realización de una venta imposible

También Maysa Lage de Araújo Monteiro, de Belo Horizonte (Brasil), nos envía el relato de una gracia recibida durante el difícil período que vivió tras la muerte de su padre.

En aquella época, «un gran cambio y una preocupación surgieron en mi vida. Mi madre se quedaba sola sin la presencia de su marido, gran compañero y amigo, y yo me quedaba a cargo del comercio textil que mi padre tenía hacía aproximadamente cuarenta años».

Como no tenía condiciones de cuidar adecuadamente de él decidió po-

nerlo en venta. No obstante, a pesar de todos los esfuerzos y tentativas, no conseguía encontrar un comprador para el comercio, que desde hacía unos años ya no daba lucro para la familia, sino preocupaciones.

Dado que Maysa vivía lejos de su madre y no conseguía dedicarse enteramente al asunto, resolvió confiar y rezar, rogando un auxilio sobrenatural:

«Mi madre, sintiendo el peso de la ausencia de mi padre y muy cansada desde el punto de vista físico y mental, se desanimaba y entristecía cada vez más. Yo no sabía qué hacer. Distante de ella y viendo que la situación cada día empeoraba, comencé a rezar y pedirle a la Virgen y a Dña. Lucilia que hicieran lo mejor para nosotros».

Un llamamiento hecho a Dña. Lucilia

El tiempo pasaba y la tienda permanecía sin ningún comprador interesado... Maysa decidió intensificar sus oraciones, haciendo un llamamiento a Dña. Lucilia:

«Me tomé unos días libres y, en la expectativa de conseguir zanjar cuanto antes la situación, hice algunas promociones y puse más carteles de venta en la puerta de la tienda. Pero resultó en nada. A tres días de que se acabaran mis vacaciones entré en estado de ansiedad y frustración por no haber solucionado el problema que tanto entristecía a mi madre.

«Fue entonces cuando coloqué debajo de la imagen de Nuestra Señora Aparecida, que tenía en la tienda, una foto de Dña. Lucilia Corrêa de Oliveira, a quien hice con grande y fervorosa fe mi llamamiento de hija que tanto quería ver a su madre feliz. Con mucha fe le pedí: “Dña. Lucilia,

usted que está al lado de la Virgen, nuestra Madre, concédame la gracia de vender y librar a mi madre de esta tienda que hoy, sin presencia de mi padre, solamente le trae tristeza y angustia. Le pido, Dña. Lucilia, con mucha fe y devoción, ayúdeme e interceda por la obtención de esta gran gracia. Amén”».

«Fui bendecida y atendida por una petición hecha con fe a Dña. Lucilia»

Los días pasaron y, con ellos, las vacaciones de Maysa. Todo parecía indicar que su petición no había sido atendida, pero, en su interior, algo le

decía que las preocupaciones enseguida llegarían a su fin:

«Al mismo tiempo que la angustia me afligía, sentía dentro de mí una paz y tranquilidad como si algo me dijera que en breve todo se resolvería».

Y, de hecho, la confirmación de esta inspiración que la llenaba de confianza no tardó en verificarse de forma concreta:

«He aquí que recibimos en nuestra casa la visita de un joven, junto con su suegro, interesado en comprar nuestro comercio. Dijo que pasó por casualidad delante de la tienda, vio el cartel de “Se vende” y enseguida se interesó. Con la gracia de Dios,

Nuestra Señora y Dña. Lucilia llevamos a los dos a conocer el local y, en ese mismo instante, fue cerrado el contrato.

«El joven no estaba tan interesado en la rentabilidad de la empresa ni en hacer un estudio de mercado para informarse sobre el retorno de inversión de ésta. Lo que demuestra, una vez más, la fuerza del milagro. ¿Cómo una persona compra una empresa, casi en quiebra, sin al menos investigar sobre el riesgo financiero? La venta fue tan bendecida que ni siquiera el nombre del comercio fue cambiado».

Manifestando alegría y gratitud por verse objeto de tanta bondad de su intercesora celestial, Maysa concluye:

«En fin, con este breve testimonio puedo decir que fui bendecida y atendida por una petición hecha con fe a Dña. Lucilia. Tengo certeza de que este ha sido un milagro logrado y que aquel que cree y tiene en su corazón gran devoción a ella alcanzará gracias y más gracias en todo momento. Gracias, Dña. Lucilia, una vez más, por este gran regalo que us-



Maysa Lage de Araújo Monteiro con su madre, sujetando una estampa de Dña. Lucilia

«Al mismo tiempo que la angustia me afligía, sentía dentro de mí una paz y tranquilidad como si algo me dijera que en breve todo se resolvería»

Trato ameno e impregnado de bondad

Quien tuvo la felicidad de frecuentar su residencia, conviviendo con Dña. Lucilia durante los últimos meses de su existencia terrena, pudo evaluar bien el alto grado de consideración, gentileza y estima inherentes a su noble trato, incluso en sus más simples expresiones. De índole respetuosa y afectiva, era maestra en el difícil arte de dirigirse a los otros con afable dignidad, de manera que se sintieran siempre a gusto.

Un sobrenatural sentido de la compasión hacía que le causara gran sufrimiento ver a alguien entristecido o atribulado, aunque se tratara de un desconocido. Y era admirable el esmero con que intentaba aplicar enseguida el lenitivo de la palabra justa, de la fórmula adecuada, del buen consejo ante una situación difícil, del consuelo para el dolor, de la limosna frente a la necesidad.

Para Dña. Lucilia la felicidad del prójimo era la suya... Su alma se movía por el deseo de contentar a cada uno, y de ahí su gran pesar cuando no podía hacerlo. Era el afecto de un corazón total y esencialmente católico. La alegría de su alma consistía en querer bien a los otros por amor a Dios y en ser por ellos querida. Sin em-



Doña Lucilia con 92 años

bargo, cuando su bienquerencia no era correspondida, jamás cedía al menor sentimiento de rencor, pues no tenía en vista ningún beneficio personal o ventaja propia en esa relación mutua.

Extraído de:

CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio.

Doña Lucilia. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2013, pp. 623-624.

ted le ha dado a mi madre, a mi hermano y a mí».

* * *

Conforme crece el número de relatos de gracias obtenidas, se hace

cada vez más evidente la misión celestial de esta bondadosa dama. A lo largo de los cincuenta y dos años transcurridos desde su marcha hacia la eternidad, Dña. Lucilia ha su-

blimado aquello que realizó en su vida terrena, derramando numerosas gracias a todos los que recurren a su bondadosa e infalible intercesión. ✧



Guatemala – El 22 de febrero, 20.^º aniversario de la aprobación pontificia de los Heraldos, un grupo de cooperadores renovó sus compromisos durante una Misa celebrada en la casa de formación situada en San José Pinula. La imagen peregrina de Nuestra Señora de Fátima fue coronada antes de la Celebración.



Incesantes actividades evangelizadoras en Ceará

Desde finales del año pasado numerosas actividades evangelizadoras se llevaron a cabo en Fortaleza, Brasil. En las fotos: Primera Comunión en la casa de los Heraldos (1); imposición de la ceniza y Santa Misa

con ocasión del inicio de la Cuaresma (2 y 3); visitas de la imagen peregrina de Nuestra Señora de Fátima a las familias (4); sacramento del Matrimonio (5) y asistencia en los hospitales (6). ✧



Fotos: Eric Salas

España – Los Heraldos promueven todos los meses en la colegiata de San Isidro el Real, de Madrid, la devoción de los Primeros Sábados pedida por la Virgen de Fátima (centro). En marzo, hubo ceremonias similares en la parroquia de San José, de Gijón (izquierda) y en la del Buen Consejo, de Torrent (derecha).



Fotos: Marolber Martínez

Estados Unidos – También en Miami los Heraldos del Evangelio han realizado una coronación de la imagen peregrina de Nuestra Señora de Fátima, meditación del Santo Rosario y Misa solemne con ocasión del Primer Sábado del mes de marzo. El acto litúrgico se desarrolló en la parroquia del Buen Pastor.



Fotos: Valdeci Júnior

Brasil – Como sucede en otras ciudades brasileñas, los Heraldos promovieron en su casa de Campos dos Goytacazes la devoción de los Primeros Sábados, en desagravio al Sapiencial e Inmaculado Corazón de María. La ceremonia empezó con la entrada y coronación de la imagen peregrina.



SUCEDIÓ EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

oculta el desafío que supone transmitir la fe a las generaciones más jóvenes o el declive de las vocaciones.

Polonia cuenta con 1050 santuarios católicos, de los cuales 793 están dedicados a la Santísima Virgen.



gaudiumpress.org

Casi la totalidad de la población polaca se declara católica

El informe titulado *Iglesia en Polonia*, publicado el 6 de marzo por la KAI (siglas en polaco de la Agencia Católica de Información) ofrece importantes datos con respecto a la fe en ese país. Conforme el documento, el 91,9% de los polacos se reconocen católicos; y el 36,9% de ellos asisten regularmente a Misa.

Según Marcin Przeciszewski, presidente de la KAI, el estudio muestra que «la sociedad polaca es mucho más resistente a las tendencias contemporáneas de secularización que otras sociedades europeas». Eso no significa que la Iglesia local esté exenta de problemas, pues si «el informe presenta a una institución relativamente joven y dinámica, con fuertes estructuras apostólicas», no

Hostias no se dañan en una inundación

A mediados de febrero en la ciudad de Carangola, Brasil, una lluvia intensa elevó el nivel del río que atraviesa el municipio, provocando una inundación de grandes proporciones. Las aguas entraron en la capilla de San Antonio y llegaron hasta el sagrario. Las hostias allí depositadas, sin embargo, no sufrieron daño alguno: estaban intactas y secas.

Ataques a capillas en Filipinas

Con ocasión del inicio de la Cuaresma, distintos lugares de culto de Filipinas han sufrido actos de violencia.

El 17 de febrero las capillas de San Isidoro y de la Inmaculada Con-

cepción, de Lamitan City, fueron atacadas. Cuando los fieles llegaron para preparar el lugar para la Misa del Miércoles de Ceniza encontraron las principales imágenes decapitadas o arrojadas en mitad del camino, además de otros objetos sagrados damnificados. También vieron un crucifijo y varias estatuas de santos tiradas en la calle en la villa de Maganda.

El domingo siguiente, unos desconocidos rompieron la mano derecha de la imagen de la Virgen que se encontraba en la entrada de la parroquia de San Pío, de Legazpi, y dañaron otra imagen de un ángel.

Restaurada la imagen vandalizada en Texas

La imagen del Sagrado Corazón de Jesús, de la iglesia de San Patricio de El Paso, Texas, vandalizada en septiembre del año pasado, ya ha sido restaurada.

Fieles de varias partes de Estados Unidos recaudaron fondos para la reparación de la imagen, realizada por Daprato Rigali Studios. El original había sido fabricado en 1917 por el mismo taller y ahora ha sido restaurada por los sucesores de los primeros artesanos que allí trabajan.

China demolerá una iglesia por ser «demasiado vistosa»

La iglesia del Sagrado Corazón de Jesús de Yinig, en la frontera occidental de China, será destruida como parte del plan político de «sinización» promovido por el presidente Xi Jinping, bajo el pretexto de que es «demasiado vistosa» y de estar construida en un terreno de elevado valor comercial. El edificio fue erigido en el 2000, fuera de la ciudad, precisamente para no ser visible; sin embargo, el estar en un lugar de tránsito hacia el aeropuerto ha sido el pretexto para la decisión de demoler el templo.

Desde 2018 esta iglesia viene sufriendo daños por parte de la Administración de Asuntos Religiosos. Hicieron que retiraran los cuatro bajorrelieves que adornaban la fachada, las imágenes de San Pedro y de San Pablo y la cruz que coronaba el tímpano y derribaron las cúpulas y campanarios que remataban las torres. Otras iglesias también fueron destruidas por la misma justificación.



asianews.it

La iglesia del Sagrado Corazón de Jesús antes y después de la primera intervención de las autoridades políticas

Año de 2020, dramático para el Santuario de Fátima

El P. Carlos Cabecinhas, rector del Santuario de Fátima, de Portugal, reveló cómo el año de 2020 fue dramático por la disminución del número de peregrinos debido a la pandemia del COVID-19.

Las cifras demuestran el contraste entre 2019 y 2020: en el primer año, se registraron 6,3 millones de peregrinos en 10 000 celebraciones; en el segundo, cayó a 1,4 millones de fieles en 4384 actos litúrgicos.

El padre rector declaró que «2020 no sólo ha sido un año diferente y extraño: ha sido un año difícil» porque «nos enfrentó a la necesidad de cerrar espacios dedicados a acoger, recibir, estar abiertos». De ese modo, también la realización de la Cuaresma, la Semana Santa y la Pascua tuvo lugar sin la participación de los devotos. Y añadió: «Hemos tenido que celebrar, por primera vez, el 12 y 13 de mayo sin la presencia física de los peregrinos, y el 12 y 13 de octubre con tan sólo 6000 peregrinos en la amplia sala de oración».

Las donaciones al santuario también se vieron reducidas drásticamente, pues depende de la comparecencia y de la generosidad de los visitantes.

El mes de abril fue el peor para el Santuario de Fátima. Entre mayo y septiembre la situación mejoró un poco,



Gustavo Kralj

siendo agosto el mes con más número de peregrinos, con 383 293 fieles en 448 celebraciones. En contrapartida, los seguidores del *website* del santuario aumentaron.

El P. Cabecinhas señaló que «Fátima ha sido siempre resiliente. En más de un siglo de historia ha experimentado muchas dificultades y siempre ha salido más fuerte. Queremos que ahora este también sea el caso». Y concluyó manifestando su anhelo: «A pesar de vivir, ahora, un momento dramático, tenemos la esperanza de que este año sea un año de recuperación».

Publicado un dossier sobre los santos de la Orden Salesiana

La Congregación de San Francisco de Sales publicó en diciembre de 2020 un dossier de la Postulación Salesiana que contiene la lista de todos sus miembros ya proclamados santos por la Iglesia y los que están en

vía de ser reconocidos como tales oficialmente.

El documento revela que ya hay 9 santos, 118 beatos, 18 venerables y 28 siervos de Dios dentro de la familia espiritual fundada por San Juan Bosco, número estos que tienden a crecer dado que existen cerca de 70

nuevos casos en seguimiento por la Postulación.

La santidad es un camino que se recorre en conjunto. Es lo que destaca el dossier al afirmar que los santos «están siempre en compañía: donde hay uno, siempre encontramos muchos otros».

GAUDIUM PRESS
Un instrumento para la Nueva Evangelización

• Español • Inglés • Portugués • Italiano

• Noticias • Opinión • Videos • Fotos

Hechos relevantes de la Iglesia católica y temas afines

Regístrese gratuitamente en es.gaudiumpress.org

☒ 30 días con el Papa
☒ Mundo
☒ América Latina
☒ Roma
☒ Espiritualidad

HISTORIA PARA NIÑOS... ¿O ADULTOS LLENOS DE FE?

Un ave del Paraíso

Su canto era proporcional a su belleza. Extasiados, tres niños contemplaban una hermosa ave que estaba posada en un árbol. Anahid y Dibrán, sin embargo, no veían nada.



Valeria Araya Chaves

Hace mucho tiempo, en una pequeña aldea cercana al monte Ararat, donde, según cuenta la leyenda, reposa el arca de Noé escondida entre el hielo y la roca, vivían tres niños de familias católicas, unidos por una inocente amistad. Se llamaban Vartan, Narek y Tabel.

Un domingo por la mañana se encontraban jugando junto al bosque cuando un noble y brillante tañido resuena a lo lejos: eran las campanas de la iglesia, que llamaban a Misa. Al oírlo, Vartan inmediatamente paró de corretear y dijo:

—Amigos, ¡ha llegado la hora de recibir a Jesús en la Eucaristía!

Habían hecho la Primera Comunión recientemente y estaban llenos de un entusiasmo primaveral. Cada vez que recibían a Jesús sacramentado la gracia henchía sus jóvenes almas.

—¡Vamos, deprisa! ¡No podemos llegar atrasados! —contestó Narek.

Y rápidamente se dirigieron hacia la iglesia.

No muy lejos de ellos se encontraban Anahid y Dibrán, también cató-

licos, pero no practicantes, pues en su corta edad ya se hallaban sumergidos en el vicio y en el error. El hecho de que tres adolescentes anduvieran alegres para participar en la ceremonia religiosa era visto por ellos con un asombro que enseguida se transformó en odio y envidia.

Al ser algo mayores que Vartan, Narek y Tabel decidieron gastarles una broma que les hiciera desistir de su objetivo. Entonces se ocultaron entre los arbustos y cuando los tres amigos pasaron a su lado dieron un grito tremendo y salieron de su escondite, riéndose siniestramente.

—¿Adónde vais? ¿No queréis divertirnos con nosotros? —les preguntaba Anahid.

Tabel, el más jovencito, le respondió con ufana firmeza:

—No podemos. Ahora vamos a Misa.

—Jajaja —reía Dibrán—. ¡Qué pérdida de tiempo! ¡Dejaos de tonterías!

—¿Cómo? —prosiguió el pequeño, indignado—. ¿Una tontería el ir al encuentro del propio Dios?

Y Dibrán continuó diciendo:

—Qué cosa anticuada... Cuéntecito para niños bobos.

Narek, enfurecido, no se contuvo:

—Tontos sois vosotros, que despreciáis el don más grande dado a los hombres: ¡la Eucaristía! Vamos, amigos. No perdamos el tiempo con estos... —y se mordía los labios sin terminar la frase, mientras miraba con pesar a aquellos chicos que veía hundidos en el vicio.

Tabel, antes de darles la espalda, les prometió:

—Rezaremos por vosotros.

En la Misa, durante la consagración, los tres amigos se miraban y juntos elevaban al altar una súplica por Anahid y Dibrán. Pedían la conversión o el castigo, pero sobre todo rogaban para que Dios no fuera nunca más ofendido. Sí, pues aquellos jóvenes habían perdido su mayor tesoro: la luz de la inocencia.

Terminada la celebración, cuando aún estaban a pocos metros de la iglesia, los tres devotos niños se sorprendieron con una silueta luminosa que pasó sobre sus cabezas. Pero

la sorpresa fue aún más grande cuando, poco después, escucharon el canto de un pájaro, lindo y armonioso como ningún otro. Curiosos, se dirigieron al lugar de donde venía la dulce melodía.

En la rama de un robusto roble, descansaba un ave que más parecía una joya viva que un animal de esta tierra. Era del tamaño de un águila, con cabeza y cuello muy elegantes, recubiertos por plumas azules de diversos tonos que recordaban al topacio y a la aguamarina.

Su pico era fino y desafiante. Parecía hecho de metal precioso. Tonos de turquesa y plata refulgían por todo su cuerpo; y su pecho parecía hecho de esmeralda. La larga cola estaba enriquecida por matices violeta.

Los tres niños nunca habían visto cosa igual. Se quedaron encantados contemplando aquella ave. Pero no sabían que cerca de ellos, en el camino, estaban los dos chicos incrédulos, observando con espanto la aptitud de sus amigos delante del roble...

Anahid y Dibran se aproximaron, al pensar que se estarían burlando de ellos, pues tan sólo veían las ramas del árbol. Aquel pájaro era invisible para los ojos corrompidos por el pecado.

Enojados, gritaron:

—¿Qué espectáculo ridículo es ese? ¿Queréis tomarnos el pelo?

Tabel, espantado, le respondió:

—¿Acaso no veis esa ave maravillosa? ¡Mirad qué colores tan espléndidos!

Y Vartan exclamó:

—¡Debe ser, sin duda, un ave del Paraíso!

Apenas había terminado de hablar y el pájaro emitió una linda melodía que todos, incluso Anahid y Dibran, pudieron escuchar. Los dos continuaron buscando entre las hojas... pero no vieron nada.

—Su canto es proporcional a su belleza —comentó Narek.

Anahid y Dibran se quedaron profundamente avergonzados. Sabían que su estado pecaminoso era lo que les impedía ver a esa ave. Entonces el pequeño Tabel, inspirado por la gracia, se acercó a ellos y les dijo:

—Creo que deberíais confesaros...

Ellos bajaron la cabeza. No podían negarlo: era verdad. Arrepentidos, fueron a la iglesia acompañados por el solícito Tabel.

Tras restablecer la amistad con Dios, el niño llevó a los

dos chicos hasta el altar de la Virgen y les dijo:

—No hay nada que Ella no pueda arreglar. Incluso la inocencia restaura. Pedidle con fuerza y entusiasmo y tened por seguro que os escuchará.

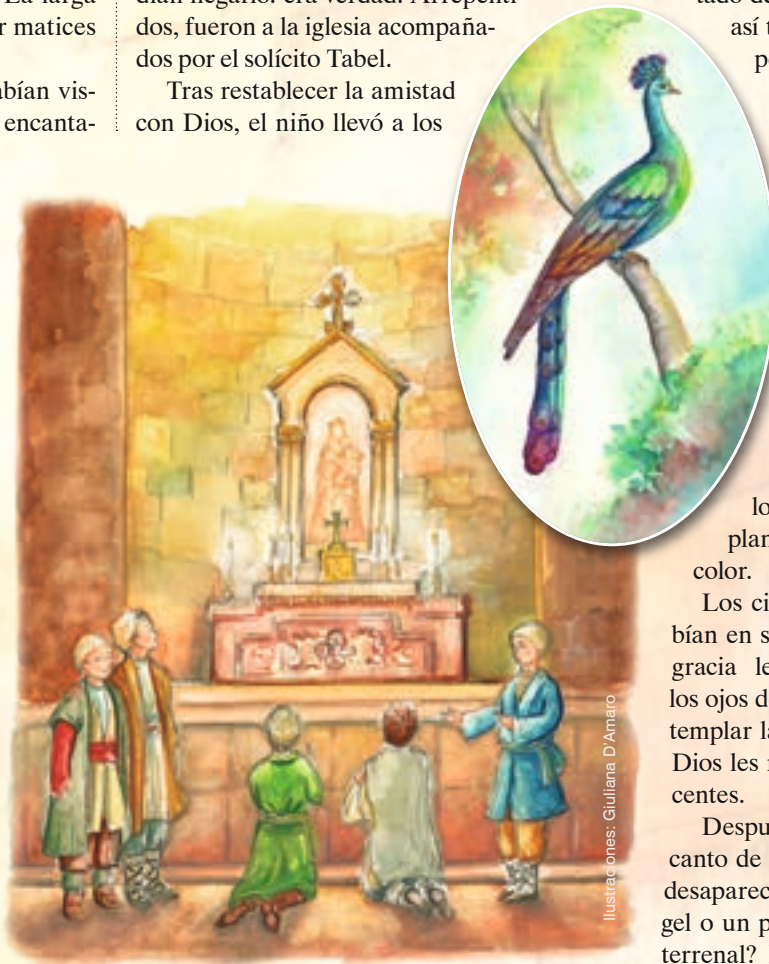
Difícil era saber, para quien contemplara la escena, quiénes tenían más fervor: si los dos jóvenes convertidos o Tabel, que deseaba profundamente verlos en el camino de la virtud...

Mientras estaban rezando, llegaron por fin Vartan y Narek y les avisaron que la hermosa ave se había marchado. Los dos chicos se quedaron apenados. Habían recuperado el estado de gracia, pero aun así tal vez nunca más podrían ver a aquella extraordinaria criatura.

Sin embargo, de repente, vieron entrar por la puerta del templo a ese pájaro misterioso, que sobrevoló alegremente por encima de la Reina del Cielo en medio de resplandores de luz y de color.

Los cinco niños no cabían en sí de felicidad. La gracia les había abierto los ojos del alma para contemplar las maravillas que Dios les reserva a los inocentes.

Después de un sublime canto de despedida, el ave desapareció. ¿Sería un ángel o un pájaro del paraíso terrenal? Los niños nunca lo supieron. Pero su belleza, premio de la inocencia, jamás la olvidaron. ✧



Ilustraciones: Giuliana D'Amato

Habían recuperado el estado de gracia, pero aun así tal vez nunca más podrían ver a aquella extraordinaria criatura...

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. Jueves Santo en la Cena del Señor.

Santa María Egipciaca, penitente (fs. V). Célebre pecadora de Alejandría que, por la intercesión de la Santísima Virgen, se convirtió a Dios en la Ciudad Santa y llevó una vida penitente a la otra orilla del Jordán.

2. Viernes Santo en la Pasión del Señor.

San Francisco de Paula, ermitaño (†1507 Plessis-les-Tours - Francia).

San Juan Payne, presbítero y mártir (†1582). Educado por protestantes, se convirtió a la fe católica aún joven. Fue falsamente acusado de traición y ahorcado en Chelmsford, Inglaterra.



Santa María Salomé con sus hijos, Santiago y San Juan, por Bernhard Strigel - Galería Nacional de Arte, Washington

3. Sábado Santo de la Sepultura del Señor.

San Gandolfo de Binasco Sacchi, presbítero (†c. 1260). Sacerdote franciscano, contemporáneo de su fundador. Llevó una austera vida de soledad en Polizzi Generosa, Italia, y recorrió las regiones limítrofes para predicar la Palabra de Dios.

4. Domingo de Pascua de la Resurrección del Señor.

Beato José Benito Dusmet, obispo (†1894). Religioso benedictino nombrado obispo de Catania, Italia.

5. San Vicente Ferrer, presbítero (†1419 Vannes - Francia).

Santa Ferbuta, mártir (†c. 342). Hermana del obispo San Simeón, fue asesinada durante la persecución promovida por Sapor II en Persia.

6. Beata Catalina de Pallanza, virgen (†1478). Su familia murió víctima de una epidemia en Novara, Italia. A los 15 años, impresionada con un sermón sobre la Pasión, ingresó en un monasterio bajo la Regla de San Agustín.

7. San Juan Bautista de la Salle, presbítero (†1719 Ruan - Francia).

San Aiberto, presbítero y monje (†1140). Recitaba todos los días el salterio junto al monasterio de Crespin, Francia, y administraba el sacramento de la Penitencia a los pecadores que acudían a él.

8. Santa Julia Billiart, virgen (†1816). Fundó la Congregación de las Hermanas de Nuestra Señora de Namur y propagó ardorosamente la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

9. Beato Tomás de Tolentino, presbítero y mártir (†1321). Mi-

sionero franciscano martirizado en Thane, India, cuando se dirigía a predicar el Evangelio en China.

10. San Beda el Joven, monje (†c. 883). Después de servir durante muchos años a los reyes de la tierra, eligió pasar el resto de su vida al servicio del Señor en un monasterio, en Gavelo, Italia.

11. II Domingo de Pascua o de la Divina Misericordia.

San Estanislao, obispo y mártir (†1079 Cracovia - Polonia).

San Antipas, mártir. Llamado por el apóstol Juan «mi testigo fiel», entregó su vida por Cristo en Pérgamo, Asia Menor.

12. Santa Teresa de Jesús de Los Andes, virgen (†1920). Religiosa carmelita que consagró su vida a Dios por la salvación del mundo y murió a los 20 años en el monasterio de Los Andes, Chile.

13. San Hermenegildo, mártir (†586 Tarragona - España).

San Martín I, Papa y mártir (†656 Quersoneso - Ucrania).

Beata Margarita de Città di Castello, virgen (†1320). Habiendo nacido ciega, en Metola, Italia, sus padres la abandonaron y fue acogida y educada por un matrimonio. Se hizo terciaria dominica y se dedicó a la oración y a las buenas obras.

14. San Asaco, obispo (fs. V). Discípulo de San Patricio y primer obispo de Elphin, Irlanda.

15. San Damián de Veuster, presbítero (†1889). Religioso de la Congregación de los Misioneros de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, que se consagró a la asistencia de los leprosos en la isla de Molokai.

16. Santa Bernadette Soubirous, virgen (†1879). Después de haber sido favorecida por las apariciones de la Santísima Virgen en Lourdes, Francia, ingresó en la Congregación de las Hermanas de la Caridad de Nevers, donde fue modelo de humildad.

17. San Accio, obispo (†c. 435). Fue injustamente despedido de su sede episcopal por defender la ortodoxia de la fe contra la herejía de Nestorio, durante el Concilio de Éfeso.

18. III Domingo de Pascua.

Santa Atanasia, viuda (†s. IX). Habiendo fallecido su esposo, se hizo ermitaña en Egina, Grecia.

19. San Geroldo, eremita (†c. 978). Miembro de noble familia de Sajonia, llevó una vida de penitencia y oración en la región de Vorarlberg, en los Alpes de Baviera.

20. San Aniceto, Papa (†c. 166). Recibió como huésped a San Policarpo de Esmirna para tratar juntos acerca de la fecha de la Pascua.

21. San Anselmo, obispo y doctor de la Iglesia (†1109 Canterbury - Reino Unido).

San Apolonio, filósofo y mártir (†185). Ciudadano romano asesinado tras haber hecho una insigne apología del cristianismo ante el prefecto Perenio y el Senado de Roma.

22. Santa Oportuna, abadesa (†c. 770). Hija del conde de Exmes, gobernó el monasterio benedictino de Almenêches. Francia.

23. San Jorge, mártir (†s. IV Palestina).

San Adalberto de Praga, obispo y mártir (†997 Tenkitten - Rusia).

Beato Egidio de Asís, religioso (†1262). Animado por el ejemplo de algunos amigos, se hizo discípulo de San Francisco y lo acompañó en sus predicaciones.

24. San Fidel de Sigmaringa, presbítero y mártir (†1622 Seewis - Suiza).

Santas María de Cleofás y Salomé. Junto con Santa María Magdalena, fueron muy temprano el día de Pascua al sepulcro del Señor para ungir su cuerpo y recibieron el primer anuncio de la Resurrección.

25. IV Domingo de Pascua.

San Marcos, evangelista.

Santa Franca de Piacenza, abadesa (†1218). Superiora del monasterio cisterciense de Montelana, Italia, pasaba noches enteras en oración.

26. Nuestra Señora del Buen Consejo.

San Isidoro, obispo y doctor de la Iglesia (†636 Sevilla - España)

Beato Julio Junyer Padern, presbítero y mártir (†1938). Sacerdote salesiano acusado de espionaje y traición durante la guerra civil española. Murió fusilado, ofreciendo su vida por el bien de la Iglesia y de su país.

27. San Lorenzo Nguyen Van Huong, presbítero y mártir (†1856). Detenido cuando de noche visitaba a un moribundo, fue flagelado y decapitado en Ninh-Binh, Vietnam, por negarse a pisar una cruz.

28. San Pedro Chanel, presbítero y mártir (†1841 Futuna - Oceanía).

San Luis María Grignon de Montfort, presbítero (†1716 Saint-Laurent-sur-Sèvre - Francia).



San Pío V recibe la noticia de la victoria de Lepanto - Basílica de Nuestra Señora de Luján (Argentina)

San Prudencio de Armentia, obispo (†s. V/VI). Gobernó la diócesis de Tarazona, España, destacando principalmente por su empeño en conservar la paz.

29. Santa Catalina de Siena, virgen y doctora de la Iglesia (†1380 Roma).

San Hugo, abad (†1109). Rigió durante sesenta y un años el célebre monasterio de Cluny.

30. San Pío V, Papa (†1572 Roma).

Santa María de la Encarnación Guyart, religiosa (†1672). Tras la muerte de su marido, hizo profesión religiosa en el convento de las Ursulinas de Tours, Francia. Fundó en Canadá un convento dedicado a la educación de las niñas aborígenes.

Como un árbol abatido por

¿Acaso nuestra vida no le pertenece a Dios? ¿No es verdad que Él cuida de nosotros con infinito desvelo paterno, a cuyo conocimiento no le escapa siquiera un pelo del cabello que se desprenda de nuestra cabeza?

Cierta vez me contaron que, realizando exploraciones en el interior de Rusia, un ingeniero alemán se encontró con un pino gigantesco atravesado en la boca de un profundo abismo. El árbol fue derribado por una violenta tormenta siglos antes y con el paso del tiempo se había transformado en una piedra sólida. En aquel momento, yacía allí para servir de puente fuerte y seguro para los transeúntes.

Mi interlocutora me contó otro hecho, en esta ocasión sacado de la vida de San Gerardo Majella, ardiente discípulo e hijo espiritual de San Alfonso María de Liguori: tras haber sido acusado de inmoralidad y existiendo cartas que «probaban» tal calumnia, su venerable fundador le prohibió comulgar y entrar en contacto con personas fuera de su Orden, lo que le supuso sufrir más de dos meses la vejación y la sospecha de sus hermanos de vocación. Esta alma honesta, consciente del fraude que le manchaba

su dignidad, aceptó ser tratado como un delincuente por su propio superior —¡santo, además!—, a quien tanto amaba.

¿Qué vínculo hay entre esas dos situaciones, aparentemente tan distintas?

Lo que llevó al santo redentorista a superar tamaña prueba con serenidad fue la certeza de que su existencia estaba en las manos de Dios, que trazaba, entre espinas, el camino a través del cual subiría al Cielo y cumpliría su misión. San Gerardo

tenía grabada a hierro y fuego en el fondo de su alma la convicción inquebrantable de que no sería abandonado. No temía recibir noticias funestas, porque su corazón, como el del salmista, estaba «firme, confiado en el Señor» (Sal 111, 7).

Tal actitud está bien ilustrada por la situación del pino, sea ficticia o no. Todo indicaba que sería como los demás: alto, fuerte, robusto. En sus ramas vivirían pájaros y ardillas. Quizá un día, cuando muriera, se fabricarían muebles de primerísi-



Olga Ernst (CC by-sa 4.0)



Daniel Schwen (CC by-sa 3.0)

la tormenta



Hna. Ana Belén Espínola Gravo

ma categoría con su madera... Hasta que una ingente borrasca lo tiró al suelo.

Cabe señalar, no obstante, que la furia del viento hizo que cayera de una manera providencial: sus extremos quedaron cada uno a un lado del precipicio. Y, resignado con su triste destino, se fue petrificando lánguidamente a lo largo de los años hasta que adquirió una utilidad que jamás habría podido pensar.

El enorme árbol derrumbado ilustra los sinsabores y desafíos que la

vida arroja en el transcurso de la existencia humana: una quiebra financiera, el fallecimiento de un ser querido, un defecto personal que nunca conseguimos vencer... En situaciones como estas, lo que nos mantiene firmes son las certezas arraigadas en la fe que llevamos dentro del alma, como ocurrió con San Gerardo Majella durante el período de incompreensión.

¿Acaso nuestra vida no le pertenece a Dios? ¿No es verdad que Él cuida de nosotros con infinito desve-

lo paterno, a cuyo conocimiento no le escapa siquiera un pelo del cabello que se desprenda de nuestra cabeza (cf. Mt 10, 30)? ¿No tenemos la mejor protectora del mundo, la propia Madre de Dios? ¿Alguna vez se oyó decir que alguien que ha acudido a la Santísima Virgen fue desamparado por Ella?

¡Qué interesante imagen la de la madera petrificada! Antes, un simple leño; posteriormente, rígida y hermosa piedra, con la cual se pueden fabricar objetos, rosarios, decoraciones... ¡o incluso el puente de nuestra leyenda! Esto significa que cuando sobre nuestros hombros se descarga el peso de las desgracias, dificultades y tristezas no podemos dejarnos afligir nunca. Por mucho que los males nos abatan, la Providencia se valdrá de ellos para hacer nuestras almas más fuertes y decididas, resultando en beneficio para nosotros y para las generaciones futuras, a ejemplo del santo redentorista. ✨



Francisco Lecaros

San Gerardo Majella - Iglesia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro y San Alfonso, Montevideo. Abajo, árboles petrificados fotografiados en Namibia, a la izquierda, y en Navajo (EE. UU.), en el centro y a la derecha



Reproducción

zhang kaiyv / pexels.com

Alegrías vibrantes y castísimas

La Santa Iglesia se vale de las alegrías vibrantes y castísimas de la Pascua para que brillen ante nuestros ojos, incluso en medio de las tristezas de la situación contemporánea, la certeza triunfal de que Dios es el supremo Señor de todas las cosas.

Cristo es el Rey de la gloria, que venció a la muerte y aplastó al demonio. Su Iglesia es una reina de inmensa majestad, capaz de volver a erigirse de entre los escombros, de disipar las tinieblas y de relucir con un triunfo aún más lustrado en el momento preciso en el que parecía que le esperaba la más terrible e irremediable de las derrotas.

Plínio Corrêa de Oliveira